LA SENDA QUE EL ALMA RECUERDA

MÁS ALLÁ DEL DOGMA: LA VALIENTE BÚSQUEDA DE TU VERDAD INTERIOR

JORGE FRAPICCINI

LA SENDA QUE EL ALMA RECUERDA

MÁS ALLÁ DEL DOGMA: LA VALIENTE BÚSQUEDA DE TU VERDAD INTERIOR

- Primera edición -

Este libro fue maquetado profesionalmente en Reedsy.

Más información en reedsy.com

Contenido

Introducción

El Viaje del Alma hacia la Luz

En cada vida hay un sendero invisible, un camino que el alma recorre en busca de sentido, verdad y conexión con lo Divino. Este libro es la narración de mi propio viaje espiritual, un peregrinaje íntimo y transformador que me llevó a explorar diversas tradiciones religiosas, a cuestionar, a sentir y, finalmente, a encontrar un hogar en los profundos misterios de la Cabalá. Mi historia no es solo la de una búsqueda personal, sino un reflejo de las preguntas universales que todos enfrentamos en algún momento: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi propósito? ¿Cómo puedo acercarme a lo sagrado? A lo largo de estas páginas, compartiré las experiencias que moldearon mi espíritu: desde los primeros encuentros con la fe, pasando por momentos de duda, éxtasis y revelación, hasta el descubrimiento de la Cabalá como un mapa para comprender el universo y mi lugar en él.

Este relato no pretende ser una guía definitiva ni un dogma, sino una invitación a acompañarme en un viaje de auto descubrimiento. A través de mis vivencias en diferentes tradiciones religiosas, desde sus rituales y enseñanzas hasta sus luces y sombras, explicaré cómo cada paso, cada tropiezo y cada instante de claridad me acercó a una verdad más profunda. La

Cabalá, con su sabiduría milenaria, se convirtió en el faro que iluminó mi camino, ofreciéndome herramientas para descifrar los enigmas del alma y del cosmos. Como he dicho, éste libro no pretende ser un mapa definitivo, ni una proclamación de verdades absolutas. Es el testimonio de un alma, en busca de su sendero espiritual. Cuando hablo de la "verdad" o mi "verdad" en éstas páginas, no busco establecer una verdad universal que deba ser aceptada por todos. Mi verdad es solo una perspectiva, una visión personal de lo sagrado, moldeada por mi experiencia, mis preguntas y mi anhelo de conectar con esa chispa Divina que siento en lo más profundo de mi ser.

Para ilustrar esto piensa, por ejemplo, en las Cataratas del Iguazú en mi país, esa maravilla natural que se extiende entre Brasil y Argentina. Desde el lado argentino, uno puede admirar su majestuosidad, sentir el rugido del agua y perderse en la bruma que envuelve los senderos. Desde el lado brasilero, la vista es diferente: más panorámica, con un horizonte que abarca la inmensidad del paisaje. Las cataratas son las mismas, pero la perspectiva cambia. Lo que se ve desde un lado no se percibe desde el otro, y sin embargo, ambas visiones son válidas, ambas son reales.

Lo mismo ocurre al ascender una montaña elevada. A cien metros, el paisaje revela detalles cercanos: los árboles, las rocas, el murmullo de un arroyo. A mil metros la perspectiva se transforma, abarcando valles y horizontes lejanos. Es la misma montaña, el mismo paisaje pero cada altura ofrece una verdad distinta, una pieza del todo. Mi camino espiritual ha sido así: un ascenso, un cambio constante de perspectivas.

Este libro es entonces, una invitación a acompañarme a recorrer mi sendero espiritual, a conocer los momentos en que mi alma se ha sentido más cerca de la Luz. Es una historia de

preguntas, de dudas y de descubrimientos guiada por un anhelo que, con el tiempo, me fue acercando a aquello a lo que mi esencia (alma) deseaba conectarse. Si alguna vez has sentido el llamado de algo más grande, si has buscado respuestas en lo sagrado o has sentido que tu alma anhela un propósito mayor, este libro es para ti. Mi esperanza es que, al leer estas páginas, encuentres ecos de tu propio camino y, tal vez, inspiración para seguir explorando el tuyo.

A las siete de la mañana

Despertar a las siete de la mañana, para un niño de ocho años, era como ser arrancado de un sueño cálido y arrojado al frío mundo de los adultos. El sonido suave pero insistente de la voz de mi madre, "Vamos, hijo, ya es hora", me sacaba de la cama, donde el calor de las sábanas aún me abrazaba. No entendía por qué tenía que levantarme tan temprano, mientras mi hermana, tres años menor, seguía durmiendo plácidamente en su cuarto. Pero no había tiempo para preguntas. Mi madre, con su rostro sereno y una determinación que nunca explicaba, me tomaba de la mano y juntos salíamos al amanecer.

Nunca supe qué la llevaba a asistir a la misa de las siete durante aquella temporada. Tal vez era una promesa, un voto silencioso que solo ella y Dios compartían. O quizás era una forma de encontrar refugio en medio de alguna tormenta que yo, en mi inocencia infantil, no podía comprender. Lo único que sabía era que yo era su compañero en esas madrugadas, y aunque al principio protestaba por el sueño que dejaba atrás, algo en el camino hacia la iglesia comenzaba a transformarme.

Caminábamos por las calles aún oscuras, donde el aire fresco del amanecer parecía susurrar secretos. El mundo a esa hora era diferente: silencioso, casi sagrado. Mis pasos, pequeños y torpes, seguían el ritmo firme de los de mi madre. A veces,

ella tarareaba una melodía suave, y yo sentía una chispa de entusiasmo creciendo en mi pecho, como si estuviera a punto de descubrir algo importante. No sabía qué, pero la expectativa me envolvía como una capa invisible. Cuando llegábamos al templo, todo cambiaba. La iglesia se alzaba ante nosotros, imponente, con sus puertas de madera que parecían guardar un mundo aparte. Al cruzar el umbral, el aire se volvía más pesado, cargado de incienso y de una quietud que solo los lugares sagrados conocen. Las luces tenues, de un amarillo cálido y casi líquido, bañaban las paredes y los bancos de madera pulida. Los vitrales, aún oscuros por la falta de sol, parecían prometer historias que solo la luz del día revelaría. Todo en aquel espacio era inmenso para mis ojos de niño: las columnas que se perdían en las sombras del techo, el eco de nuestros pasos, el murmullo bajo de las oraciones.

Me sentía pequeño, pero no insignificante. Había algo en ese lugar que me hacía sentir que estaba frente a algo más grande que yo, algo que trascendía mi realidad de niño de ocho años. Era como si el templo hablara en un lenguaje que no entendía, pero que mi alma, de alguna manera, reconocía. Sentado junto a mi madre, observaba sus manos cruzadas, su mirada fija en el altar, y me preguntaba qué veía ella en ese silencio. Yo, en cambio, me perdía en las luces, en los reflejos dorados, en la sensación de estar tocando el borde de un misterio.

Fue en una de esas mañanas de invierno, en medio del frío que se colaba por las rendijas del templo, cuando viví algo que nunca he podido explicar, pero que jamás olvidaré. Recuerdo exactamente dónde estaba sentado: en uno de esos bancos largos y casi vacíos, en la tercera fila del lado izquierdo, con el respaldo de madera dura presionando contra mi espalda. Miraba hacia el altar, distraído, atrapado entre la espera de que la misa

terminara y una vaga esperanza de que algo sucediera, algo que rompiera la rutina de esas madrugadas. No sé qué esperaba, pero mi corazón de niño parecía saber que estaba al borde de algo.

De repente, mi mirada se posó en el sagrario, esa pequeña puerta dorada en el altar donde guardaban la copa gigante, la que el sacerdote abría para repartir las hostias a los fieles. Y entonces, sin previo aviso, vi algo que no puedo describir de otra manera más que como un destello de lo imposible. Del interior del sagrario emergió un rostro, nítido y fugaz, como si la luz misma lo hubiera dibujado. No era un rostro que pudiera reconocer, no era humano en el sentido que yo entendía, pero tampoco era aterrador. Habló, o al menos sus labios se movieron, pronunciando palabras rápidas, ininteligibles, como un susurro que venía de otro mundo. Fue un instante, un parpadeo, y luego desapareció tras la puertita del sagrario, como si nunca hubiera estado allí.

Me quedé inmóvil, con el corazón latiendo fuerte en mi pecho. Miré a mi madre, buscando en su rostro alguna señal de que ella también lo había visto. Pero ella seguía allí, con los ojos fijos en el altar, las manos cruzadas, inmersa en su propia oración. No se había movido, no había notado nada. El mundo a mi alrededor seguía igual: el sacerdote continuaba con la misa, las luces tenues seguían parpadeando, y el incienso seguía flotando en el aire. Pero yo sabía que algo había cambiado en mí.

No entendí entonces qué significaba esa visión —si es que puedo llamarla así ahora, desde la distancia de los años—. Para el niño que era, no era más que algo extraño, algo que no encajaba en mi corta experiencia de vida. No se lo conté a mi madre, ni a nadie, hasta muchos años después, cuando compartí la historia con mi esposa. Incluso entonces, las palabras se

sentían insuficientes para describir lo que había sentido: una mezcla de asombro, confusión y una certeza inexplicable de que aquello era importante, aunque no supiera por qué.

Aquella experiencia, como un relámpago en la penumbra, marcó un antes y un después. No sé si fue por esa visión o porque mi cuerpo y mi alma se estaban acostumbrando a las madrugadas, pero algo cambió en mí. Ya no era la voz de mi madre la que me sacaba de la cama. Ahora eran las campanadas de la iglesia, resonando en la quietud del amanecer, las que me llamaban. Primero un toque, luego el segundo, y finalmente el tercero, anunciando que la misa estaba a punto de comenzar. Esas campanas, con su eco profundo, parecían hablarme directamente, como si no solo llamaran a los fieles, sino también a algo que se estaba despertando dentro de mí. Ya no sentía tanto fastidio por levantarme temprano. En su lugar, había un entusiasmo nuevo, una chispa que me impulsaba a ponerme los zapatos y salir al frío de la mañana.

Caminar hacia la iglesia se convirtió en algo más que una rutina: era una aventura, una oportunidad de encontrarme de nuevo con ese misterio que había vislumbrado. Sentado en los bancos del templo, mi mirada ya no vagaba distraída. Ahora observaba el altar con atención, especialmente el sagrario, preguntándome si volvería a ver algo, si ese "otro lado" que había sentido por un instante se manifestaría de nuevo. No sabía qué buscaba, pero mi corazón de niño estaba abierto, expectante, como si supiera que algo más grande estaba esperando.

Lo que había sucedido en mi interior era sutil, como una semilla enterrada en la tierra, invisible aún, pero viva. No podía nombrarlo, no podía explicarlo, pero sentía su presencia. Aquella visión, aquella chispa, había encendido algo en mí: una curiosidad, una inquietud, una búsqueda que apenas comenzaba.

No había frutos visibles todavía, no había respuestas claras. Pero en algún lugar profundo, en el silencio de mi alma de niño, algo había empezado a germinar, algo que, con los años, crecería y me llevaría por caminos que entonces no podía imaginar.

¿Fue un llamado? ¿Un reflejo de mi alma buscando sentido? ¿Una chispa que marcaba el inicio de un camino que aún no podía imaginar? No lo sé. No pretendo que mi historia sea única, ni que encierre una verdad absoluta. Solo puedo compartirla como lo que es: un instante en el que, siendo niño, sentí el roce de algo más grande, algo que me acompañaría, como un eco, en mi búsqueda de sentido a lo largo de los años.

Esas misas de las siete de la mañana, aunque al principio eran una obligación, se convirtieron en mi primer encuentro con lo sagrado. No lo sabía entonces, pero esas caminatas al amanecer, ese templo místico, la presencia callada de mi madre y aquel destello inexplicable en el altar, junto con el eco de las campanadas que ahora me despertaban, estaban sembrando en mí las primeras semillas de una búsqueda que me llevaría mucho más lejos, hacia los senderos profundos del alma.

Saltando la ventana

Habían pasado tres o cuatro años desde aquellas mañanas de invierno en la iglesia, cuando las campanadas y un destello fugaz en el sagrario habían encendido en mí una chispa que aún no entendía. La vida seguía su curso: los juegos en el patio, las tareas escolares, las revistas mexicanas con sus héroes de colores que devoraba con entusiasmo. Pero algo en mi interior, como un eco lejano, seguía buscando. No sabía qué, pero lo sentía, como si alguien susurrara mi nombre desde un lugar que aún no podía ver.

En nuestra casa había una pequeña biblioteca, un estante modesto donde los libros convivían con polvo y recuerdos. Entre ellos, desapercibida durante años, estaba una Biblia vieja, de tapa dura y páginas amarillentas, gastadas por el tiempo. Nunca le había prestado atención. Para mí, era sólo otro libro, uno más entre los cuentos y enciclopedias que ocupaban el estante. Pero un día, como si hubiera despertado de un largo sueño, esa Biblia comenzó a destacar. Era como si brillara con una luz propia, como si me hubiera estado esperando todo ese tiempo, paciente, hasta que estuviera listo para verla.

La tomé con cuidado, casi con reverencia, como si supiera que no era un libro cualquiera. No recuerdo que nadie en casa me hubiera hablado de la Biblia antes. Ni mi madre, con su fe callada,

ni mis maestros, ni mis amigos. Pero en mi interior, algo me decía que lo que tenía en mis manos era diferente, importante, sagrado. Era una Biblia, y aunque no sabía qué significaba eso del todo, sentía su peso, no solo en mis manos, sino en mi alma de niño que ya no era tan niño.

Me senté con ella, sin saber por dónde empezar. ¿Cómo se lee un libro así? No era como las historietas de mis héroes favoritos, con sus aventuras rápidas y finales felices. Abrí una página al azar, y las palabras me recibieron como un torrente: nombres extraños, historias de lugares lejanos, promesas y advertencias que no entendía. Me sentía abrumado, pero también intrigado. La dejé por un tiempo, como si necesitara prepararme para lo que ese libro tenía que decirme. Pero la Biblia seguía allí, en el estante, como si me dijera en silencio: "Aquí estoy, cuando estés listo".

Un día, decidido, la abrí de nuevo. Esta vez no era un juego, no era como leer las revistas mexicanas que llenaban mi imaginación de hazañas y colores. Quería entender, quería saber qué había dentro de esas páginas que parecían llamarme por mi nombre. Hojeé el libro, saltando de un pasaje a otro, hasta que llegué a los libros de los profetas: Isaías, Jeremías, nombres que sonaban como ecos de un mundo antiguo. Sus palabras hablaban de cosas que me estremecían: el fin del mundo, profecías sobre los últimos tiempos, visiones de un futuro que parecía a la vez aterrador y fascinante. No entendía mucho, lo admito. Era demasiado joven, apenas un adolescente que recién comenzaba a explorar el mundo. Pero algo en esas palabras me atrapaba. No era solo la grandiosidad de las imágenes —cielos que se abrían, juicios divinos, promesas de redención—, sino la sensación de que hablaban de algo más grande, algo que iba más allá de mi pequeña vida. Leía con la misma curiosidad con la que había

mirado el sagrario años antes, esperando otro destello, otra señal. No sabía a qué fondo llegaría con esa lectura, pero sentía que estaba saltando una ventana, asomándome a un mundo que apenas comenzaba a vislumbrar.

Esa exploración era superficial, como corresponde a un joven que aún no tiene las herramientas para comprender la profundidad de lo que lee. Pero en mi interior, algo se movía. La Biblia, con sus palabras pesadas y sus misterios, estaba plantando otra semilla en mí, una que se sumaba a la chispa de aquella visión en la iglesia. No tenía respuestas, solo preguntas. ¿Qué significaban esas profecías? ¿Por qué sentía que esas palabras, escritas hace siglos, parecían hablarme directamente? No lo sabía, pero no necesitaba saberlo aún. Lo que importaba era que, por primera vez, estaba buscando, y la Biblia, como una guía silenciosa, me acompañaba en ese salto hacia lo desconocido.

Nuestra casa, si es que podía llamarse así, no era más que un amplio salón dividido por tabiques que separaban la cocina, el comedor y el pequeño local fotográfico donde mis padres trabajaban para sostener a la familia. En ese espacio estrecho, donde la privacidad era un lujo, había una habitación algo apartada que pertenecía a mis padres. Una de sus paredes, que daba al corredor de la casa del vecino que nos alquilaba el lugar, no era una pared completa. Antiguamente, había sido una amplia ventana, ahora semicerrada, con una pequeña abertura en la parte superior que servía como ventilación. Ese corredor, que los vecinos habían desocupado tras mudarse al campo, se convirtió en mi refugio.

Con la agilidad de mis trece años, escalaba esa pared con esfuerzo, trepando hasta la abertura para cruzar al otro lado. No era fácil, pero lo hacía con un propósito: estar a solas. En casa, con sus tabiques y su bullicio, no había espacio para la intimidad

que buscaba. Llevaba conmigo la Biblia, esa vieja compañera de tapas gastadas, y me sentaba en el corredor vacío, donde el silencio era mi único compañero. Allí, el olor de las páginas, que me recordaba a la cómoda antigua de mi abuela, me envolvía. Era un aroma cálido, de madera y tiempo, que hacía que cada lectura se sintiera como un ritual.

Solo en ese corredor, las palabras de los profetas comenzaron a tomar forma. Isaías, Jeremías, sus visiones del fin de los tiempos, sus promesas y advertencias, ya no eran solo palabras extrañas. Empezaban a tener sentido, como si algo dentro de mí se estuviera estructurando, tomando cuerpo en mi mente y en mi corazón. No era una comprensión clara, no todavía. Era más bien una atracción, un imán que me hacía volver a esas páginas una y otra vez. Leía con el mismo fervor con el que había trepado la pared, con la misma expectativa con la que había mirado el sagrario años antes. Algo estaba creciendo en mí, aunque aún no podía nombrarlo.

Saltar esa ventana no fue solo un acto físico. Fue el comienzo de una búsqueda de espacios propios, de lugares donde pudiera estar a solas con mis pensamientos, con mis preguntas, con esa chispa que seguía ardiendo desde aquella mañana en la iglesia. Pronto, el corredor del vecino no fue suficiente. Empecé a buscar otros refugios. A unos dos kilómetros de casa, había un arroyo boscoso, un lugar donde los árboles susurraban y el agua corría con un murmullo constante. Caminaba hasta allí, dejando atrás el ruido del mundo, y me sentaba junto al arroyo, escuchando el sonido de la naturaleza y de mi propio corazón. Era como si el mundo se detuviera, y en ese silencio encontraba un espacio para mí, para mis preguntas, para esa búsqueda que aún no podía definir. Otras veces, me aventuraba hasta un club cercano, donde desde un techo alto y empinado se alzaba como un desafío. Con

la audacia de la juventud, trepaba hasta lo más alto y me sentaba allí, peligrosamente cerca del borde, mirando cómo el sol se hundía detrás de las sierras en el horizonte. El cielo se teñía de rojos y naranjas, y yo, un adolescente inquieto, sentía que estaba esperando algo. ¿Qué? No lo sabía. Pero cada atardecer, cada momento de soledad en ese tejado o junto al arroyo, era como un paso más en mi aventura. Mi búsqueda estaba tomando forma, volviéndose más concreta, aunque las respuestas seguían siendo esquivas.

Aquella Biblia vieja, que un día brilló en el estante, fue mi primera ventana hacia ese mundo, y saltar a través de ella —tanto en el estante como en el corredor del vecino, en el arroyo, en el tejado— fue el comienzo de algo mucho más grande. Cada alma tiene su propio camino, su propia aventura, y este era el mío: una búsqueda personal, humilde, hacia el sentido que mi alma anhelaba encontrar.

Cambio de perspectiva

Los años habían pasado desde aquellas mañanas frías en la iglesia católica, cuando un destello en el sagrario y el eco de las campanadas despertaron en mí una chispa que no podía explicar. A los trece años, mi búsqueda encontró un nuevo refugio en las páginas amarillentas de una vieja Biblia, en el silencio del corredor del vecino, en el murmullo del arroyo boscoso, y en los atardeceres desde el tejado del club, donde las sierras parecían guardar secretos antiguos. Pero la vida seguía su curso, y mi alma, inquieta, buscaba nuevos horizontes. Fue entonces cuando mi camino me llevó de regreso al corazón de la iglesia católica, esta vez a través de un grupo que cambiaría mi forma de vivir la fe: la Acción Católica de Jóvenes.

No sé exactamente cómo llegué a ellos. Tal vez fue una invitación de un amigo, una conversación casual, o esa misma fuerza invisible que parecía guiarme desde niño. Lo que sí sé es que, al integrarme a ese grupo de jóvenes, encontré algo que no había experimentado antes: una comunidad viva, vibrante, donde la fe se mezclaba con la amistad, el compromiso y la acción. Éramos un grupo de adolescentes llenos de energía, compartiendo risas, discusiones y sueños, todo bajo el marco de la iglesia. Pronto, mi entusiasmo y mi amor por las Escrituras, que había cultivado en soledad, encontraron un lugar en esa

comunidad. Me convertí en presidente del grupo, un rol que me permitió no solo compartir lo que había aprendido, sino también aprender a socializar, a trabajar con sacerdotes, y a cumplir con los rituales y responsabilidades de la iglesia.

Ser parte de la Acción Católica era como respirar un aire nuevo. Participábamos en reuniones, organizábamos eventos, y nos sumergíamos en los ritos de la iglesia con una mezcla de reverencia y camaradería. Los domingos, las misas ya no eran solo un eco de mi infancia; eran un espacio donde sentía que mi fe podía crecer, apoyada por amigos que compartían mi búsqueda. Pero, más allá de la comunidad, algo en mi interior seguía buscando un encuentro más profundo, más íntimo, con lo sagrado.

Un día, escuché una frase que me golpeó como un relámpago: “retiro espiritual”. Esas dos palabras resonaron en mi alma con una fuerza que no podía ignorar. En mi mente, un retiro espiritual no era solo un evento de la iglesia. Me imaginaba solo, en una habitación silenciosa, rodeado de árboles y el aroma fresco de un parque, envuelto en un silencio que me permitiera escuchar mi propio espíritu. Era como si esas palabras hubieran dado forma a algo que siempre había sentido: esa necesidad de intimidad, de apartarme del mundo para encontrarme con algo más grande, algo que aún no podía nombrar. No conocía la palabra “místico”, ni mucho menos su significado, pero mi corazón parecía reconocerla. Era el mismo imán que me había atraído al sagrario años atrás, a las profecías de la Biblia, al arroyo y al tejado. Era el llamado de mi alma, inquisitiva, buscando lo oculto, lo eterno, la conexión con algo que trascendía mi realidad cotidiana.

Cuando finalmente participé en un retiro espiritual, la realidad fue diferente a mi imaginación, pero no menos poderosa. No

estaba solo en una habitación rodeada de árboles, sino en un lugar compartido con otros jóvenes, guiados por sacerdotes que nos invitaban a reflexionar, rezar y escuchar. Había momentos de silencio, sí, pero también charlas, dinámicas y cantos. Al principio, me sentí desconcertado; esperaba un encuentro más íntimo, más personal. Pero en los instantes de quietud, cuando cerraba los ojos y dejaba que el silencio me envolviera, sentía esa chispa divina que había percibido antes: en la iglesia, en el corredor, en el tejado. Era como si, en esos momentos, mi alma se asomara a un sendero espiritual que apenas comenzaba a vislumbrar.

Entonces, mi búsqueda me llevó a dar un nuevo salto a través de la ventana, aunque esta vez la ventana no era solo una metáfora. Fue, literalmente, una vía: una vía de tren que me llevaría a nuevos horizontes. Había decidido dejar mi ciudad para explorar la gran ciudad, buscando algo que aún no podía nombrar. Con dos amigos, tomé un tren que partía a media mañana, un viaje de catorce horas que parecía una aventura interminable. Mientras recorría los vagones, curioso por saber quiénes eran los otros viajeros, me encontré con un grupo de jóvenes, en su mayoría mujeres. Una de ellas, sin embargo, destacó sobre las demás. No sé qué fue: su mirada, su energía, o esa misma fuerza invisible que me había guiado antes. Me acerqué, buscando una excusa para hablar, y para mi sorpresa, mencionó que iba de viaje para participar en un "retiro espiritual".

Esas palabras, "retiro espiritual", me golpearon como un eco de mi propia búsqueda. Me quedé asombrado, como si el universo hubiera conspirado para ponerme en ese vagón, en ese momento. Cuando le pregunté si leía, me respondió que sí, que leía la Biblia. No le creí al principio; parecía demasiado perfecto,

demasiado conectado con mi propio camino. Pero entonces sacó una Biblia de su equipaje, la abrió con una familiaridad que me impresionó, y comenzó a leer pasajes sobre la salvación, las promesas de Dios, y la fe. Sus palabras no eran solo recitaciones; había una convicción en ellas, una chispa que resonaba con la mía. Hablamos durante el viaje, compartiendo ideas, preguntas, y una conexión que sentía más profunda de lo que las palabras podían expresar.

Nos despedimos en una estación donde dejé el tren, pero prometimos escribirnos. Aquel encuentro no fue solo un momento fugaz; fue el comienzo de algo mucho mayor. Ella, una cristiana evangélica, me abrió las puertas a un nuevo camino de fe. Nos pusimos de novios poco después, y con el tiempo, nos casamos. Hoy, casi 55 años después, seguimos juntos, caminando senderos espirituales que no siempre son idénticos, pero que se cruzan en el respeto mutuo, en la comprensión de que cada alma tiene su propia búsqueda. Su fe evangélica me llevó a explorar un mundo nuevo, uno donde la Biblia, que tanto me había fascinado de adolescente, tomaría un lugar central, pero con una intensidad y una comunidad que no había conocido antes.

Mi camino espiritual y de búsqueda se fue centrando cada vez más en el estudio de la Biblia dentro de la Comunidad Cristiana, una iglesia evangélica que se convirtió en mi hogar durante muchos años. Me sumergí en cursos, lecturas de grandes teólogos cristianos, y literatura con profundidad que alimentaba mi alma día tras día. Cada nuevo libro, cada nuevo versículo, era como una ventana que se abría, revelando más de ese misterio que había sentido desde niño. No solo leía; estudiaba, subrayaba, reflexionaba, buscando desentrañar lo oculto en las Escrituras, buscando una conexión más profunda con lo divino.

Con el tiempo, descubrí una pasión que no sabía que llevaba dentro: la enseñanza. Me convertí en un maestro de la Biblia, y para mi sorpresa, mis enseñanzas resonaban en la comunidad. Me decían que era uno de los maestros más preparados, que mis explicaciones eran claras, profundas, accesibles incluso para los más sencillos. Cada vez que enseñaba un pasaje, sentía que estaba tocando algo sagrado, como si, al compartir, estuviera un paso más cerca de entender lo que buscaba. Me esforzaba por ser lo más bíblico posible, por profundizar en cada versículo, por encontrar el sentido que conectara con la vida de quienes escuchaban. Enseñar no era solo un acto de transmitir conocimiento; era un acto de conexión, un puente entre mi alma y las almas de los demás, un reflejo de esa chispa divina que sentía en mi interior.

Pero incluso en medio de esa pasión, de esa comunidad vibrante, algo en mi interior seguía inquieto. Las enseñanzas, los cultos, los momentos de fervor eran poderosos, pero seguía buscando algo más. Quería entender no sólo las palabras de la Biblia, sino el propósito detrás de ellas. Quería saber por qué esa chispa que había sentido en el sagrario, en el arroyo, en el retiro, seguía ardiendo, pidiéndome que buscara más allá. No estaba rechazando la fe evangélica; al contrario, estaba agradecido por el fuego que había encendido en mí, por la comunidad que me había acogido, por la oportunidad de enseñar. Pero mi sendero espiritual, como un río que no se detiene, me empujaba a seguir explorando, a buscar una conexión más profunda con lo oculto, con lo eterno.

No pretendo decir que mi tiempo en la Comunidad Cristiana fue un paso pasajero o que mi camino es el único. Al contrario, esos años fueron un capítulo esencial en mi aventura, un tiempo en el que aprendí el poder de la enseñanza, la fuerza de la co-

munidad, y la belleza de las Escrituras. Pero también fueron un recordatorio de que cada alma tiene su propio sendero espiritual, uno que me empujaba a buscar más allá, a explorar lo que aún no entendía. Aquel encuentro en el tren, la pasión por enseñar, la inmersión en la Biblia, fueron como semillas plantadas en mi ser, semillas que, sin saberlo, estaban germinando hacia un camino más profundo, uno que más tarde reconocería como el de la Cabalá.

Se cumple el sueño

En la Comunidad Cristiana, mi pasión por la enseñanza y la exploración teológica se convirtieron en un puente hacia lo sagrado, pero mi corazón seguía inquieto, buscando un sendero espiritual que aún no podía definir. Fue entonces cuando un sueño, uno que había acariciado durante años, comenzó a tomar forma: viajar a Israel, la tierra de los patriarcas, los profetas y las promesas que habían marcado mi camino. Ese sueño parecía imposible. Los costos, mi trabajo secular, las responsabilidades de la vida diaria —todo se alzaba como una barrera infranqueable. Pero en mi interior, ese anhelo crecía con cada estudio teológico, con cada página de la Biblia que exploraba. Los relatos de Abraham, Moisés, David, y los profetas como Isaías y Jeremías, que tanto me habían fascinado de adolescente, no eran solo historias; eran ecos de una tierra viva, un lugar donde sentía que podía tocar lo sagrado, desentrañar lo oculto. Quería pisar esa tierra, respirar su aire, caminar sus senderos. No sabía por qué, pero mi alma lo reclamaba con una fuerza que no podía ignorar.

Una noche, en la quietud de mi casa, ese anhelo alcanzó su punto más alto. Me arrodillé, con lágrimas en los ojos y una convicción profunda en el corazón, y clamé al Creador. "Quiero ir a Israel", le dije, con una voz que temblaba de fervor. No era

solo un deseo; era una súplica, una entrega total a esa chispa divina que había sentido desde niño. En ese momento, algo cambió. No hubo una voz audible, ni una señal visible, pero en lo más profundo de mi ser sentí que el sueño había dejado de ser un sueño. Era como si una certeza silenciosa me asegurara que pronto sería realidad. Mi corazón latía con fuerza, no solo de emoción, sino de expectativa por lo que estaba por venir.

Poco tiempo después, contra todo pronóstico, el sueño se cumplió. Me encontré en un avión rumbo al Medio Oriente, con una parada de cuatro días en Egipto y doce días en Israel. Cada latido de mi corazón resonaba con una mezcla de asombro y reverencia. Las pirámides de Egipto, imponentes y llenas de historia, fueron un preludio, pero yo sabía que Israel sería diferente. Era la tierra de las promesas, el lugar donde las palabras de la Biblia cobraban vida, donde cada piedra parecía susurrar un secreto antiguo. Durante el recorrido, cada lugar que visitábamos encendía aún más la llama en mi interior. Las explicaciones de los guías, las lecturas bíblicas que correspondían a cada sitio, todo resonaba con una intensidad que no podía explicar.

Caminar por esas tierras era como adentrarse en las páginas de las Escrituras, como si el pasado y el presente se fundieran en un solo instante de eternidad. Como pastor de la Comunidad Cristiana, tuve el privilegio de predicar en tres lugares sagrados que marcaron mi corazón: el lago de Galilea, donde Jesús caminó y enseñó; el Monte de los Olivos, cargado de promesas y profecías; y el Monte Carmelo en Haifa, donde el profeta Elías desafió a los falsos profetas con un fuego que aún parecía arder en el aire. En cada predicación, sentía que estaba tocando algo sagrado, que mis palabras eran un eco de esa chispa divina que había sentido desde niño.

Pero, más allá de mi rol como pastor, algo más profundo estaba creciendo en mí: un amor y un apego por esa tierra que tanto había anhelado. Cada paso, cada paisaje, cada piedra, avivaba un anhelo que iba más allá de las enseñanzas que conocía. El momento más esperado llegó al orar en el Kotel, el Muro de los Lamentos. Allí, frente a esas piedras milenarias, sentí una conexión que trascendía las palabras. Mis oraciones, impregnadas de fervor, se mezclaban con las de generaciones pasadas, como si me estuviera uniendo a un coro eterno. Pero, curiosamente, no fue el Kotel lo que más me impactó. Fue un instante inesperado, un momento que cambiaría todo.

En un lugar sagrado, escuché por primera vez a un judío leer las Escrituras en hebreo, en su propia tierra. El sonido de esas palabras, antiguas y vivas, resonó en mi interior como un trueno silencioso. Algo hizo "clic". Fue como si por primera vez, me conectara con mi raíz, con una fuente espiritual que no podía nombrar pero que sentía con una claridad abrumadora. No entendía el hebreo, pero no necesitaba entenderlo; mi corazón reconoció algo eterno, algo oculto que había estado buscando desde niño.

Cuando regresé, supe que algo había cambiado. Ese "clic" no era solo una emoción pasajera; era una bisagra determinante en mi sendero espiritual. Las enseñanzas de la Comunidad Cristiana, que tanto había amado, seguían siendo valiosas, pero ahora miraba hacia un horizonte nuevo. No sabía exactamente hacia dónde me llevaba este cambio, pero sentía que mi búsqueda personal había dado un giro profundo. Las semillas plantadas en el sagrario, en el corredor, en el retiro, en el tren, y ahora en Israel, estaban comenzando a germinar. Algo nuevo estaba naciendo, un anhelo por explorar lo oculto, por conectar con esa fuente espiritual que había sentido en la tierra de los

profetas.

No pretendo decir que este viaje a Israel fue el destino final de mi búsqueda, ni que mi camino es el único. Al contrario, fue un capítulo más en mi aventura, un momento en el que desde mi interior más profundo había encontrado un eco en la tierra santa. Pero también fue un recordatorio de que cada alma tiene su propio sendero espiritual, uno que me empujaba a buscar más allá, a explorar una conexión más profunda con lo eterno. Aquella noche de oración, aquel "clic" en Israel, fueron como una ventana que se abría, un salto hacia un horizonte que aún no podía ver del todo, pero que sentía más cerca con cada latido de mi corazón.

Exploración peligrosa

El viaje a Israel había sido más que un sueño cumplido; había sido una bisagra en mi sendero espiritual. Pero no regresé de Israel con respuestas; regresé con preguntas, un bagaje de cuestionamientos que cambiarían el rumbo de mi búsqueda. Mi esposa, que me acompañó en ese viaje transformador, fue testigo de cómo esas preguntas comenzaron a crecer. No eran dudas superficiales; eran grietas profundas en la estructura de mi fe consuetudinaria. El sonido del hebreo, la conexión con la tierra de Israel, y la vivacidad de sus tradiciones me llevaron a querer explorar las raíces hebreas de la fe que había abrazado. Comencé a sumergirme en los textos originales de la Biblia en hebreo, consultando fuentes judías, libros de eruditos hebreos, y textos del Nuevo Testamento que se apoyaban en profecías y pasajes del Tanaj (Biblia hebrea). Mi búsqueda de la verdad, que siempre había sido el motor de mi alma, se canalizaba ahora hacia las fuentes más antiguas de la religión que practicaba.

Al principio, esta exploración fue un deleite intelectual. Cada texto, cada comentario rabínico, era como una puerta que se abría, revelando capas de significado que no había visto antes. Pero pronto, ese deleite se convirtió en un desafío. Encontré contradicciones, tensiones entre lo que había aprendido en la Comunidad Cristiana y lo que descubria en las fuentes hebreas.

Las profecías que sustentaban ciertas enseñanzas cristianas parecían tener interpretaciones diferentes, más profundas, más antiguas. Mi fe, que había sido un refugio, comenzó a tambalearse. ¿Debería seguir explorando? ¿Adónde me llevaría esta búsqueda? ¿Tendría que pagar un costo, quizás institucional, por seguir este camino?

En mi interior, sentía una lucha. Mi intelecto, que más tarde aprendería a reconocer como *Bina* en la mística judía, resistía. Había una parte de mí que temía las consecuencias: ser juzgado, no comprendido, rechazado por mi comunidad. Como pastor y maestro, mi rol en la Comunidad Cristiana era central. Mis enseñanzas eran bien recibidas, mi compromiso era evidente. Pero ese temor al rechazo no podía apagar el impulso de mi alma, que había despertado y encontrado una identidad propia. La necesidad de saber, de desentrañar lo oculto, era más fuerte que nunca.

En esos días, una frase apareció en mi camino, como por casualidad —o tal vez causalidad—: "*Cierta vez un hombre sabio dijo: si lo que buscas es la verdad, hay algo que es preciso que tengas por encima de todo. 'Ya lo sé', respondió el otro, 'una irresistible pasión por ella'. 'No', contestó el sabio, 'una incesante disposición a reconocer que puedes estar equivocado*'". Esas palabras me golpearon con fuerza. Fueron un desafío a mi honestidad intelectual, a mi valentía para cuestionarme a mí mismo. ¿Estaba dispuesto a aceptar que podía estar equivocado? ¿Podía enfrentar las contradicciones sin aferrarme a las certezas que me habían sostenido durante años?

A medida que avanzaba en mi investigación, el estudio y la profundización, me daba cuenta de que estaba entrando en un proceso de transformación interior. Cada texto hebreo, cada nueva perspectiva, hacía temblar mi estantería teológica,

pero, sorprendentemente, también me hacía más libre. Los miedos que me ataban —al juicio, al rechazo— comenzaban a desvanecerse frente al poder del conocimiento. Sin embargo, esa libertad tenía un costo. Ya no podía ocultar lo que estaba pasando en mi interior. En las reuniones con mis colegas, pastores y líderes de la Comunidad Cristiana, mis preguntas y reflexiones comenzaban a notarse. Hablaba de las raíces hebreas, de las interpretaciones judías, de las contradicciones que encontraba. Y aunque lo hacía con respeto, con el mismo fervor que ponía en mis enseñanzas, percibía un cambio en sus miradas.

De pronto, me dí cuenta de que mis colegas comenzaban a verme como un peligro para las "ovejas". Mis colegas temían que lo que enseñaba, o lo que podría enseñar, cuestionara las bases de la comunidad. No era mi intención desafiarlos, pero mi búsqueda de la verdad, mi necesidad de conectar con esa chispa divina que había sentido en Israel, me estaba llevando por un sendero que ellos no podían seguir. Sin darme cuenta, estaba creando el escenario de mi propio exilio comunitario. La tensión crecía, y la relación con la Comunidad Cristiana, que había sido mi hogar durante años, se volvía insostenible, especialmente por el lugar que ocupaba como pastor y maestro.

Unos días antes de tomar la decisión de irme, con todo el dolor que ello implicaba para mí y el sufrimiento que acarrearía a mi familia, especialmente a mi esposa, recibí una visita en mi casa. Los líderes más importantes de la comunidad llegaron con una mezcla de preocupación y buena voluntad. Su objetivo era claro: pedirme que me tomara un tiempo para reflexionar, que pausara mi exploración, que dejara de cuestionar la fe que nos unía. Entendía su intención: por un lado, querían conservarme como parte de la comunidad; por el otro, buscaban proteger a las "ovejas" de cualquier influencia que mis nuevas ideas pudieran

tener. Pero sus palabras, aunque bien intencionadas, resonaban como una invitación a cerrar mi mente, a detener la búsqueda que había definido mi vida.

Con el corazón apesadumbrado pero firme, les respondí: *"Prefiero que mi mente se abra por la curiosidad a que se cierre por la prohibición".* Esa simple frase marcó el fin de la charla y, en muchos sentidos, el fin de mi tiempo en la Comunidad Cristiana. No era un rechazo a ellos ni a la fe que había compartido; era una afirmación de mi compromiso con mi búsqueda personal, con esa chispa divina que me había guiado desde niño. Sabía que mi decisión traería dolor, no solo para mí, sino para mi esposa, cuya fe evangélica seguía siendo su hogar. Pero mi alma, despierta y guiada por una fuerza que no podía ignorar, no me permitía detenerme.

Tras mi salida, el peso de la soledad se hizo sentir, pero también llegó una libertad inesperada. Al no tener ya la presión de ser juzgado o mal entendido, mi búsqueda continuó con renovado vigor. Eran los tiempos en que internet comenzaba a abrirse al mundo, una herramienta que transformó mi acceso al conocimiento. Fuentes que antes eran ignotas —libros de eruditos judíos, textos hebreos, escritos místicos— estaban ahora a un clic de distancia en mi computadora. Mi sed por saber, por alcanzar la verdad que deseaba, se incrementaba con cada descubrimiento. Pero también aprendí que había mucho que filtrar. No todo lo que encontraba era claro o confiable, y el exceso de información podía ser tan abrumador como su ausencia.

Muchos años después, comprendería que, según la Cabalá, el camino del alma no es una avenida señalizada por la que todos avanzamos sin cuidado. Es un sendero, (*peliot*) en hebreo, que cada uno abre al transitarlo. Un sendero espiritual está lleno de

peligros, trampas, y momentos de incertidumbre. Mi recorrido reflejaba esa verdad: a veces avanzaba con rapidez, devorando textos y conectando ideas; otras veces retrocedía, cuestionando lo que había aprendido; y otras, me detenía a reflexionar, a profundizar y asimilar lo aprendido. Comprendí que la espiritualidad es un sendero hacia la Luz, un camino que el alma elige libremente, pero que requiere cuidado, discernimiento y valentía.

Esa idea me llevó a recordar una enseñanza de Yeshua, (Jesús), que resonaba con una profundidad nueva: "*Ancho es el camino que lleva a la perdición, y angosto el camino que lleva a la vida eterna*". En mi soledad, esas palabras cobraron un significado diferente. El sendero angosto no era solo una cuestión de fe; era un compromiso con la verdad, con la chispa divina que me había guiado desde el sagrario hasta este momento. Cada paso en ese *peliot* (sendero), era un acto de libertad, un reconocimiento de que mi alma, despierta y en busca de su raíz, no podía conformarse con menos.

Pero esta exploración peligrosa, este sendero estrecho y sinuoso y de descubrimientos, fue un llamado a seguir la Luz, incluso en la soledad.

Comienzo de la oposición

La salida de la Comunidad Cristiana había dejado un silencio pesado en mi vida. La emoción que había sentido durante aquella misa matinal del frío invierno en mi niñez, en el sagrario, las horas con la Biblia en el corredor del vecino, los atardeceres en el tejado, el retiro espiritual, el encuentro en el tren, el fervor de enseñar, el "clic" en Israel, y la exploración de las raíces hebreas, habían marcado un sendero espiritual que no podía ignorar. Pero ese sendero, que comenzaba a transitar, no era una avenida señalizada; era un camino angosto, lleno de incertidumbre y, como pronto descubriría, de oposición. En la soledad de aquellos días, estaba a punto de enfrentarme a una nueva prueba, una que se manifestaría no en el mundo visible, sino en los sueños que irrumpían en mis noches.

Desde hacía semanas, los sueños eran recurrentes y vívidos. Soñaba que me enfrentaba a perros feroces que me atacaban, sus colmillos brillando bajo una luz tenue. La lucha era intensa, a veces agotadora. Sentía el peso de sus embates, el latido acelerado de mi corazón, y el sudor que empapaba mi cuerpo al despertar. Pero, en cada sueño, lograba vencer. Salía victorioso, no por fuerza propia, sino por una determinación que parecía surgir de lo más profundo de mi ser. Al principio, estos sueños me dejaban desconcertado, envuelto en transpiración y con

una sensación de alerta que no podía explicar. Le conté a mi esposa, cuya fe evangélica seguía siendo su ancla, y juntos reflexionamos. ¿Podrían ser estos sueños un reflejo de una lucha espiritual? ¿Una advertencia, o quizás una preparación para algo que aún no comprendía?

En aquellos días de soledad, mientras navegaba por la naciente internet en busca de textos judíos y fuentes hebreas, comencé a intuir el significado de esos sueños. No eran solo imágenes nocturnas; eran un eco de una batalla interior, una oposición espiritual que mi alma reconocía y para la que se estaba preparando. No luchaba contra hombres ni instituciones, sino contra fuerzas invisibles, energías que parecían resistirse a mi búsqueda de la Luz Divina. Familiarizado con las enseñanzas de mi herencia cristiana, recordé las palabras del Apóstol Pablo, que había sido parte de mi patrimonio teológico como pastor: "*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*" (Efesios 6:12). Aquellas palabras, que había predicado con fervor, cobraban ahora un significado más profundo, no solo como una enseñanza, sino como una realidad que vivía en mi propia carne.

Con el tiempo, y a medida que avanzaba en mi trabajo interior, comencé a comprender que esas fuerzas de oposición no eran solo obstáculos; eran maestras disfrazadas. Cada batalla en mis sueños, cada momento de resistencia, me fortalecía interiormente, puliendo mi alma como un diamante bajo presión. Mi intelecto, buscaba orden en el caos, mientras mi corazón se aferraba a esa chispa divina que me había guiado desde niño. Esos perros, esas energías espirituales, no estaban allí para destruirme, sino para desafiarme, para obligarme a crecer en formas que no habría alcanzado sin su presencia. Cada

victoria en mis sueños era un paso más en mi sendero espiritual que, como aprendería años después en la Cabalá, el alma elige libremente, pero que requiere valentía para transitar.

Por esos días, con poca diferencia de tiempo, otra prueba se sumó a mi camino. Fui despedido de mi trabajo debido a un reacomodamiento económico de la empresa a nivel nacional, un golpe que intensificó la sensación de incertidumbre. Sin la rutina laboral ni la estructura de la Comunidad Cristiana, mi vida parecía despojada de anclas externas. Pero en esa aparente pérdida encontré un nuevo espacio en mi camino. Comencé una actividad que, con el tiempo, se convirtió en un hábito que conservo hasta hoy: caminar, trotar, correr, y andar en bicicleta, cinco días a la semana. Estas salidas, al principio motivadas por la necesidad de mover el cuerpo y cuidar mi salud física, se transformaron en momentos sagrados de conexión, reflexión y meditación. Los circuitos que recorría —calles, parques, senderos— se convirtieron en extensiones de mi camino interior, espacios donde las ideas que estudiaba en el encierro de mi escritorio personal cobraban vida.

Mientras mis pies marcaban el ritmo del pavimento o el crujir de la grava, mi mente se abría. Muchas de las enseñanzas hebreas que exploraba, los textos rabínicos que leía en la quietud de mi estudio, se me revelaban con claridad durante esas caminatas o carreras. Era como si el movimiento de mi cuerpo liberara mi alma, permitiéndole conectar con la Luz Divina de una manera que el escritorio no podía. Reflexionaba sobre los sueños, sobre las fuerzas de oposición, sobre el sendero angosto que transitaba. Cada paso era una meditación, cada respiración un recordatorio de que mi búsqueda, aunque solitaria, estaba guiada por una energía mayor. Esos momentos al aire libre, bajo el cielo o entre los árboles, se convirtieron en un aula espiritual, un lugar de

profundo aprendizaje donde comencé a encontrar respuestas que las páginas no siempre ofrecían.

Pero no todas las oposiciones eran internas o espirituales. En esos días, mi búsqueda también trajo tensiones a mi vida personal, especialmente en mi relación con mi esposa. Su fe evangélica, que había sido un pilar en nuestro matrimonio, chocaba con mi entusiasmo por lo que entonces creía era la verdad absoluta. En mi fervor, cometí el error de confrontar sus creencias, intentando convencerla de que mi nuevo sendero era el correcto. No comprendía aún que cada alma tiene su propio camino hacia la Luz. Mi insensatez al querer cambiarla, en lugar de respetar su camino, creó un conflicto que pesaba en nuestro hogar. Con el tiempo, aprendería a valorar su perspectiva, un cambio que me transformaría profundamente, pero en aquellos días mi falta de comprensión era otra prueba en mi camino interior.

A la vez, me enfrentaba a un dilema con amigos y conocidos cercanos. Cuando venían a casa, algunos ignoraban lo que había pasado conmigo, quizás por temor a preguntar; otros parecían curiosos, pero indecisos. Me debatía entre callar, por miedo a ser rechazado nuevamente, o hablar, sabiendo que mis ideas podían sorprenderlos o alejarlos. El temor a perder amistades que deseaba conservar era real, un eco del rechazo que había experimentado en la comunidad cristiana. Cada encuentro era una prueba: ¿debía guardar silencio para evitar conflictos, o compartir mi verdad, aunque fuera solo una perspectiva, con el riesgo de ser incomprendido? Estas tensiones, aunque dolorosas, me enseñaban a caminar mi sendero con mayor cuidado, a discernir cuándo hablar y cuándo escuchar.

Esta comprensión no llegó de inmediato. En la soledad de aquellos días, mientras exploraba textos hebreos y reflexionaba

sobre mi situación, sentía el peso de la oposición, pero también una libertad nueva. Internet me abría puertas a un mundo de conocimiento que antes era inalcanzable: comentarios rabínicos, traducciones del Tanaj, escritos místicos que resonaban con el "clic" que había sentido en Israel. Pero también aprendí que este sendero requería discernimiento. No todo lo que encontraba era claro, y las trampas del exceso de información o las interpretaciones erróneas acechaban. Como un caminante en un bosque desconocido, a veces avanzaba con rapidez, otras retrocedía, y otras me detenía a reflexionar.

Aquellos perros en mis sueños, aquellas fuerzas espirituales, los senderos que recorría con mis pasos, y los conflictos con mi familia y amigos fueron como un fuego que, aunque doloroso, purificó mi alma. Sin saberlo, cada paso en ese sendero me acercaba a una conexión más profunda con la Luz Divina, a un camino que cada día parecía abrirse ante mí.

Buscando mi identidad espiritual

La soledad que siguió a mi salida de la Comunidad Cristiana, los sueños de perros feroces, la pérdida de mi trabajo, las caminatas meditativas y los conflictos con mi esposa y amigos habían marcado un sendero espiritual lleno de pruebas. Mi *peliot*, como había aprendido a llamarlo, no era un camino de certezas, sino uno de preguntas que mi alma insistía en explorar. Cada paso me alejaba de la fe cristiana que había heredado, pero no me dejaba un lugar claro donde anclar mi identidad. Había abrazado el monoteísmo de la Torá, la raíz que resonó en mi corazón durante mi viaje a Israel, pero ¿quién era yo ahora? ¿Cómo podía nombrar esta conexión que crecía en mi interior, sin encajar en las categorías que conocía?

Cuando alguien me preguntaba, "¿Sos cristiano?", ya no podía responder que sí. Las enseñanzas de Pablo, los Evangelios, y la fe de mi infancia habían sido pilares esenciales en mi aventura, pero ya no me definían plenamente. Pero tampoco era judío, ni por conversión ni por linaje, pues no era hijo de madre judía. ¿Qué era entonces? En Israel, había escuchado el término "*gentil justo*", una denominación que me intrigaba, pero que sonaba distante, como si fuera una etiqueta para los que estaban al margen. Mi alma buscaba algo más profundo, un nombre que reflejara la chispa divina que sentía, no solo una categoría

externa.

En esos días, mientras navegaba por la naciente internet en busca de respuestas, descubrí por primera vez algo que dentro del judaísmo se conocía como "*Noajismo*". Intrigado, comencé a investigar. El noajismo, basado en las siete leyes dadas a Noé según la tradición judía, parecía ofrecer un marco para los no judíos que abrazaban el monoteísmo de la Torá. Tenía una base bíblica sólida, y algunas de sus ideas resonaban con mi búsqueda de una conexión más profunda con Dios. Pero algo no terminaba de convencerme. Había algo en los escritos y comentarios que leía que me hacía sentir limitado, como si el noajismo restringiera mi capacidad de expandirme en el conocimiento espiritual.

Me preguntaba: ¿Podía un noájida leer la Torá? ¿Hasta qué punto? Algunos textos sugerían restricciones, y aunque no era la intención, en ciertos casos el noajismo parecía presentarse como una categoría inferior en relación con el judaísmo. Al menos, así lo percibía yo. No quería sentirme relegado a un lugar secundario en mi búsqueda; mi alma anhelaba explorar sin barreras, seguir el impulso que me había llevado desde el sagrario hasta este momento. Seguí investigando, pero el noajismo, aunque una alternativa para presentarme ante otros, no me parecía del todo convincente.

Pensaba en cómo sonaría a los oídos de mis amigos y conocidos. Si decía "Soy noájida", imaginaba sus reacciones: "¿Y eso qué es?" o "Miren adónde lo está llevando su búsqueda". La palabra misma, tan poco conocida, parecía extraña, casi exótica. Temía que me vieran como alguien perdido en una corriente rara, y el miedo al rechazo, que ya había sentido anteriormente, resurgía. Nunca mencioné el noajismo abiertamente, aunque reconocía sus raíces profundas en la tradición judía. No me

disgustaba, pero no me dejaba conforme el espacio noájida como marco para seguir buscando lo que sentía en mi interior.

Apreciaba profundamente el esfuerzo que desde el judaísmo se hacía para integrar a aquellos que buscaban en la fe de Abraham, Itzjak y Yaakov profundizar sus conocimientos y experiencias espirituales del alma. Pero una pregunta surgía cada tanto en mi mente: “¿Acaso el alma tiene límites para crecer? ¿Se le pueden imponer restricciones?” Entendía que, desde el punto de vista de la *Halajá* —una palabra y un concepto que estaba aprendiendo en mis lecturas de libros judíos—, no podía, como no judío, guardar o practicar ciertas leyes reservadas para el pueblo judío. Eso era comprensible. No vivía en una comunidad judía ni participaba en ninguna que me permitiera acercarme a prácticas permitidas para los noájidas. Pero mi pregunta seguía latente en mi interior: “¿Qué identidad tiene el alma? ¿Qué es el alma?”

Estas preguntas, que brotaban desde lo más profundo de mi *Neshamá*, (alma) en hebreo, no buscaban respuestas rápidas. Eran un reflejo de mi anhelo por comprender la esencia de mi ser, el propósito de mi conexión con El Creador. El Noajismo, por valioso que fuera, no parecía abarcar la amplitud de ese anhelo. Seguía investigando, explorando textos y reflexionando en mis caminatas, mientras mi alma se resistía a encajar en una etiqueta que no reflejara su libertad plena. Pero otra pregunta me saltaba apasionada a la mente, como un relámpago que iluminaba mi interior: ¿Por qué tanto ardor por Israel, su historia, su gente? ¿Por qué esta fascinación por estudiar el Antiguo Testamento, que ahora comenzaba a llamar “el Tanaj”: *Torá (Ley), Nevi’im (Profetas) y Ketuvim (Escritos)*? ¿Habría alguna raíz en mi alma, oculta y desconocida, que ahora despertaba con una fuerza indomable, anclada en el judaísmo? ¿Tendría algún ancestro

judío?

Entonces, como un destello, recordé que los apellidos de mis abuelos maternos resonaban con nombres judíos. Ellos no lo eran en la práctica; eran fieles, devotos católicos. Pero el eco de esos nombres me encendía la curiosidad. Con el corazón latiendo acelerado, me lancé a investigar. Encontré la historia de un rabino con el mismo apellido que mi abuelo materno, un hombre que había sido milagrosamente salvado de la persecución nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Su relato, lleno de coraje y providencia, me estremeció. A medida que buscaba, otros apellidos similares, claramente judíos, comenzaron a aparecer en historias que parecían susurrar desde el pasado. Cada hallazgo era una pista, un fragmento oculto que abría mi camino con una certeza vibrante: mi alma estaba desentrañando un misterio, guiada por una conexión que no podía ignorar. Estas revelaciones no eran pruebas definitivas, pero eran señales, como migajas en el camino, que confirmaban que mi búsqueda no era un capricho, sino un despertar profundo hacia una raíz que comenzaba a reconocer.

Entonces, a través de internet, comencé a conectarme con judíos abiertos a enseñar sobre el noajismo a no judíos como yo, personas que buscaban en las raíces del judaísmo algo más profundo. Estas conexiones, aunque incipientes, me dieron esperanza. No ofrecían respuestas definitivas, pero sí un espacio para dialogar, para explorar mi identidad espiritual sin sentirme juzgado. Cada conversación era un paso más adelante, un recordatorio de que mi alma no necesitaba un nombre fijo, sino la libertad de seguir buscando.

Esta etapa y proceso de mi búsqueda de identidad espiritual, fue un momento de incertidumbre y valentía. Sin un nombre claro, sin una etiqueta que me definiera, continuaba avanzando

hacia lo que estaba buscando.

Lecturas profundas

Habían pasado algunos años desde las tormentas de mi salida de la Comunidad Cristiana, los sueños feroces, la pérdida de mi trabajo, las caminatas meditativas, los conflictos con mi esposa y amigos, y la apasionada búsqueda de mi identidad espiritual. Mi *peliot*, ese sendero que había elegido, me había llevado por caminos inesperados: desde el "clic" en Israel hasta el noajismo, desde las preguntas sobre mi *Neshamá* (alma) hasta el descubrimiento de apellidos maternos que susurraban un posible pasado judío. Pero en esta nueva etapa, mi búsqueda entró en un amesetamiento temporal, una pausa aparente que, sin embargo, seguía vibrando con una inquietud profunda.

La vida, con su ritmo cotidiano, parecía haber suavizado los bordes de mi fervor inicial. Sin embargo, la búsqueda continuaba. Cada vez tenía mayor acceso a literatura judía, un tesoro que internet y las librerías comenzaban a abrir ante mí. Libros del Tanaj, comentarios de sabios como Rashi, y ecos de textos místicos llegaban a mis manos, abriendo nuevos campos de investigación y exploración. Estas lecturas no eran solo un ejercicio intelectual; eran un diálogo con mi *Neshamá* (alma), un intento de descifrar la raíz que sentía despertar en mi interior. Cada página era un paso más en mi camino, un recordatorio de que mi búsqueda, aunque más serena, seguía

viva. En el ámbito personal, mi relación con mi esposa se había estabilizado. Los años, con sus desafíos y cambios, nos habían enseñado una lección invaluable: cada uno debe transitar su propio camino. Las tensiones del pasado, cuando mi entusiasmo por el judaísmo chocaba con su fe evangélica, dieron paso a un respeto mutuo más profundo. Comprendí que no necesitaba cambiarla, ni ella a mí. El amor que nos unía —y nos une hasta hoy— era el "pegamento" que sostenía nuestro matrimonio, un marco sagrado donde cada uno podía crecer sin perderse. Esta comprensión fue una corrección en mi propia vida, un *Tikkun* personal que me mostró que los cambios externos comienzan con transformaciones internas. Mi búsqueda no era solo una búsqueda de conocimiento, sino un aprendizaje sobre cómo vivir con humildad y amor.

Deseo aclarar, como lo insinué en el prefacio de este libro, que estas páginas no constituyen un tratado de Cabalá. Son, simplemente, la narración de mi propia experiencia que, desde una perspectiva cabalística, quiero compartir. Mi propósito ha sido, y es, ofrecer una pequeña luz a quienes buscan profundizar en su conexión con la Divinidad, con la Luz Infinita del Creador. Con esto en mente, a medida que avance en mi relato, tendré que definir algunos términos para facilitar al lector la comprensión de las experiencias que compartiré, pero eso lo haré más adelante.

La posibilidad de acceder a esta literatura judía me llevó a acercarme a libros de enseñanzas y conocimientos más profundos, que enriquecieron no sólo mi intelecto, sino también mi espíritu. Algo maravilloso estaba sucediendo: cada comprensión que alcanzaba al leer no sólo satisfacía mi curiosidad intelectual, sino que sentía cómo mi interior crecía, cómo mi nivel de conciencia espiritual se elevaba. No era solo un aprendizaje de

palabras o ideas; era un despertar de mi *Neshamá*, una expansión que me conectaba con la chispa divina que había sentido desde niño. Estas lecturas profundas eran como un puente, uniendo mi mente y mi corazón en un diálogo sagrado, inquietante pero a la vez enriquecedor.

A medida que me sumergía en estos textos, comencé a notar cómo mi terminología cambiaba, reflejando un mundo nuevo que se abría ante mí. Palabras como "*Tanaj*", "*Halajá*" *y* "*mitzvot*" se volvieron parte de mi lenguaje, pero sentía que necesitaba más: quería tocar la esencia de estos textos en su lengua original. Con un entusiasmo que brotaba desde lo más profundo de mi ser, decidí inscribirme en un curso para aprender a leer hebreo. Este paso fue transformador. Aprender las letras hebreas, sus formas, sus sonidos, y poco a poco su significado, no solo me ayudó a comprender los textos con mayor profundidad, sino que me abrió una puerta hacia la lengua sagrada del pueblo judío.

Inspirado por este aprendizaje, compré una Torá , los cinco libros de Moisés, la base de la fe judía, en hebreo con traducción al español. Sostener ese libro en mis manos fue un momento de reverencia. Muy parecido a aquel otro cuando por primera vez me topé con aquella vieja Biblia y sus páginas amarillentas en mi ahora lejana adolescencia. Al abrir sus páginas, no solo leía; me familiarizaba con las letras hebreas, sus formas sagradas y, más adelante, sus valores numéricos, que comenzaban a susurrarme los misterios de la mística judía. Esta mística, conocida como la sabiduría interior de la Torá, el alma de la Torá, iba más allá de los relatos que ya conocía por mis años de lectura en la iglesia. Los relatos del Génesis, Éxodo y Deuteronomio, que había estudiado como pastor, ahora revelaban capas ocultas, enseñanzas profundas que hablaban directamente a mi ser más

íntimo. Cada letra, cada número, era una chispa que iluminaba mi búsqueda, guiándome hacia un sendero que resonaba con fuerza en mi corazón..

Como lo vengo reiterando, no pretendo decir que estas lecturas, el hebreo, o la mística judía eran superiores a mi herencia cristiana, al noajismo, o a la fe evangélica de mi esposa. Al contrario, mi tiempo en la Comunidad Cristiana, las enseñanzas de mi infancia, y el amor de mi esposa fueron pilares esenciales en mi aventura. Pero este capítulo, estas lecturas profundas, fue un momento de pausa y crecimiento. Con una inquietud que ardía con serenidad y entusiasmo, podía sentir ese impulso que venía desde mi interior guiándome hacia adelante, hacia una búsqueda en mi camino espiritual.

El despertar de la Cábala

En los últimos años, un amesetamiento temporal había suavizado mi fervor, pero las lecturas profundas del Tanaj, los comentarios rabínicos, y el aprendizaje del hebreo habían reavivado mi conexión con Dios. Sin embargo, una pregunta seguía resonando en mi interior, como un eco que no podía ignorar: ¿Qué es el alma? ¿Cuáles son sus límites?

En mis años como pastor, había enseñado que el alma era eterna, pero nunca me detuve a explorar qué significaba eso en profundidad. Ahora, guiado por la sabiduría interior de la Torá, encontré una respuesta que iluminó mi mente: el alma es una chispa divina, investida en un cuerpo físico, viviendo una experiencia humana. Esta idea, tan simple y a la vez tan profunda, comenzó a marcarme. Me revelaba una dualidad —cuerpo y espíritu, fisicalidad y espiritualidad— que experimentamos en esta dimensión espacio-temporal. Sin saberlo, me estaba aproximando a uno de los conceptos más básicos de la mística judía conocida como "Ijud", que significa unificación. Comencé a comprender la importancia de la unidad, la integración. En un mundo fragmentado, dividido, mi existencia en éste mundo venía con la misión de aprender que en definitiva todo es uno, todos estamos conectados, que el Creador es UNO e indivisible. Ahora mi percepción de la realidad comenzaba a cambiar. En mi

ser más íntimo algo más fuerte vibraba y resonaba. Un despertar de la conciencia. Como si el alma comenzara a recordarme quien era y para qué había bajado a éste plano. Que la misión era salir de la fragmentación y unirme al anhelo de unificar esas partes en la Luz del Infinito Creador.

Esta revelación no llegó solo de los textos. Mi estudio del hebreo, iniciado con tanto entusiasmo, me había abierto un mundo nuevo. Al leer la Torá en su lengua original, con una edición bilingüe que sostenía con reverencia, las letras hebreas comenzaron a cobrar vida. No eran sólo símbolos; eran portadoras de significados profundos, como si hablaran directamente a mi *Neshamá*. Entre ellas, una letra destacaba en mi mente y en mi corazón: la *Shin* (ש). Sus tres ramas ascendentes, como una llama triple que se eleva hacia el cielo, parecían encarnar la energía del alma que busca lo superior. Cada rama, curvándose con gracia y fuerza, me recordaba el ardor de mi *Neshamá*, siempre anhelando trascender, alcanzar la Luz Divina que había sentido desde niño. La *Shin* (ש) no era solo una letra; era un reflejo de mi búsqueda, un símbolo vibraba y danzaba en mi interior, buscando unirse a su fuente eterna. Intrigado, comencé a buscar: "Significado de las letras hebreas. Letra Shin". Lo que encontré fue un portal hacia un universo insospechado.

La *Shin* (ש), aprendí, estaba asociada con el fuego, la purificación, la Divinidad, y la presencia espiritual. Su forma y su valor numérico —300— escondían enseñanzas que iban más allá de lo literal. Cada descubrimiento me llevaba a otro, y en esa búsqueda, por primera vez, me topé con la palabra "Cabalá". Mi única referencia hasta entonces era vaga y errónea: una "cábala" superficial, como la que algunas personas usaban para atraer suerte en deportes o negocios. ¡Cuán lejos estaba de su verdadero significado! La Cabalá, descubrí, era la sabiduría

interior de la Torá, el alma de sus enseñanzas, una vía para comprender los misterios de la creación, el alma, y la conexión con el Creador. Este encuentro no marcó el fin de mi búsqueda, como había imaginado en otros momentos. Al contrario, me di cuenta, con una mezcla de asombro y humildad, que apenas estaba comenzando.

La profundización en los textos hebreos que estudiaba no solo me llevaba a conceptos más profundos; me acercaba cada vez más a las raíces del alma que buscaba. Cada versículo de la Torá, cada comentario rabínico, cada atisbo de mística judía, era como una llave que abría una puerta en mi interior. La letra *Shin* (ש) se convirtió en algo más que un símbolo; sentía que me identificaba con mi búsqueda. Sus tres ramas, alzándose como una llama viva, parecían reflejar el ardor de mi deseo interior de elevarse, de crecer, de conectar con lo Alto. No podía explicarlo del todo, pero la *Shin* (ש) era un faro , un recordatorio de que mi camino estaba entrelazado con algo eterno.

Fue cuando, casi de repente, apareció un nombre extraño, un libro que se decía lleno de secretos y luz, del que poco sabía, aunque algo había comenzado a escuchar: el ***Zohar*.** Mientras revisaba una lista en una librería en línea, allí estaba. Dicen que cuando uno pasa por una librería y ve un libro que le fascina, la pregunta es: ¿quién compra a quién? ¿Uno compra el libro, o el libro lo compra a uno? Así me sentí con el *Zohar*. Como aquella Biblia amarillenta que me esperaba en mi infancia, lista para que la tomara cuando estuviera preparado, ahora el *Zohar* parecía haberme encontrado a mí. No era yo quien lo elegía; era como si el libro, con su promesa de revelar los misterios de la Cabalá, hubiera cruzado mi camino en el momento exacto de mi búsqueda más profunda.

Este despertar fue un regalo, pero también un desafío. Las

ideas de la Cabalá, aunque apenas las rozaba, me exigían una mente abierta y un corazón dispuesto a explorar sin prejuicios. Mi pasado como pastor, mi herencia cristiana, y mi amor por la Biblia (Tanaj) me habían preparado para este momento, pero también me hacían cuestionarme: ¿Cómo integraría esta nueva luz en mi vida? ¿Cómo resonaría con mi esposa, cuya fe evangélica seguía siendo su ancla? Por ahora, no tenía respuestas, solo un entusiasmo que crecía con cada letra, cada texto, cada pregunta. Este capítulo, este despertar de la Cabalá, fue un momento de apertura y valentía. Con un entusiasmo y expectativa que ardía con nuevo fervor, mi alma seguía guiándome hacia un sendero que apenas comenzaba a recorrer.

Palabras de luz: Definiciones místicas

Mi búsqueda, aquel sendero que había comenzado desde la infancia, seguía desplegándose como un tapiz de preguntas y revelaciones.. El Zohar, ese libro misterioso que parecía haberme encontrado a mí, marcaría un nuevo comienzo, un horizonte donde las palabras ya no eran solo letras. Pero antes de avanzar, siento la necesidad de detenerme y aclarar algunos términos que comenzaron a iluminar mi camino, para que mi experiencia, compartida desde el corazón, pueda ser comprendida por el lector.

Como dije en el prefacio y reiteré en mi relato, este libro no es un tratado cabalístico ni pretende ser un manual de Cabalá. Es, simplemente, la historia de un alma que, desde la perspectiva de la mística judía, busca acercarse a la Luz Infinita del Creador. Mi deseo es ofrecer una pequeña chispa, una luz humilde para quienes, como yo, anhelan profundizar en su conexión con lo Divino. Para ello, necesito definir algunas palabras clave, no con la erudición de un sabio, sino con la reverencia de un buscador que apenas roza los misterios de la mística hebrea. Así que... vamos a ello.

La palabra "**Cabalá**" (o Kabbalah, en hebreo קַבָּלָה) proviene de la raíz lekabel, que significa "recibir". En su esencia es una ciencia del alma. Un conocimiento que explora cómo

estamos conectados con el universo, la creación, y con la fuente trascendente de vida. Lejos de ser una religión, es un mapa para comprender el propósito de nuestra existencia, las leyes invisibles que rigen la realidad, y la armonía que podemos crear en nosotros y en el mundo. No es un conocimiento que nos exija abandonar la herencia de fe de cada uno. Es un puente, una manera de profundizar la búsqueda sin dogmas. Es el alma oculta de la Biblia que revela los secretos de la creación, el propósito del alma, y la relación entre el hombre y el Creador. Vinculada inseparablemente a la Torá —los cinco libros de Moisés—, la Cabalá no es un camino separado, sino una lente que ilumina las profundidades de sus enseñanzas. Es como un río subterráneo que nutre la superficie de la Escritura, invitando al buscador a beber de sus aguas con respeto y asombro.

Para mí, descubrir ésta ciencia fue como abrir una puerta en mi camino de búsqueda interior, un paso hacia la unificación de mi alma con la Luz del Creador.

“**Zohar”**: La palabra “Zohar” (זֹהַר) significa “resplandor” en hebreo, y no hay nombre más adecuado para este libro sagrado. El Zohar es el texto central de la Cabalá, un compendio de enseñanzas místicas que, según la tradición, fue inspirado por el rabino Shimon bar Yojai en el siglo II, aunque compilado siglos después. No es un libro para leer con los ojos del intelecto, sino con el corazón del alma. Bajo la superficie de sus relatos y comentarios sobre la Torá, el Zohar revela códigos y secretos que trascienden lo literal, como un velo que se levanta para mostrar la luz oculta de la creación. Sus palabras son chispas que despiertan el alma, guiándola hacia la verdad eterna. Cuando el Zohar cruzó mi camino, sentí que no era yo quien lo encontraba, sino que él me encontraba a mí. Nunca imaginé cuánto significaría su estudio en mi vida interior.

“**Neshamá**”: La palabra (Neshamá) (הָמָשְׁנ) significa “alma” en hebreo, pero con una resonancia que superaba lo que conocía en mi experiencia anterior. En la mística judía, la Neshamá es una chispa de luz divina, un aliento de vida soplado por el Creador en el ser humano. Como se relata en Génesis 2:7, cuando Dios “*insufló en su nariz (Adam) un aliento de vida”.* Esta conexión se refleja en su cercanía con la palabra **Neshimá** (הָמִֹישְׁנ), que significa “respiración”. Cada inspiración es un eco de ese primer soplo divino, un recordatorio de que “*todo lo que respira alaba a Dios”,* como proclama el Salmo 150:6 (Kol ha neshamá tehalel Yah). La Neshamá es el núcleo de nuestra esencia, el puente entre nuestra existencia terrenal y la Luz Infinita. Su valor numérico, o gematría, es 395 (Nun=50, Shin=300, Mem=40, Hei=5), un número que se aproxima al de **Shamayim** (cielos, 390), sugiriendo que el alma anhela elevarse hacia su hogar celestial. En la Cabalá, la Neshama no es sólo eterna, sino dinámica, buscando acercarse, unirse al Creador a través de cada acto, palabra, y pensamiento. Descubrir esta palabra fue como encontrar un espejo en mi camino de búsqueda personal, un destello que me invitaba a respirar con intención, a alabar con cada aliento.

Tikkun: La palabra “Tikkun” (ןוקית) significa “rectificación” o “reparación” en hebreo, y en la Cabalá es un concepto que llenó mi corazón de asombro. Cada alma llega a esta dimensión espacio-temporal con una misión única: rectificar algo en su interior y en el mundo que la rodea. Es como si el Creador nos invitara a ser socios en la Creación, confiándonos pequeñas piezas de un mosaico divino para restaurar su luz original. Este proceso, conocido como *Tikkun Olam* o “reparación del mundo”, trasciende lo personal; es un acto de elevar la chispa divina dentro de nosotros y en el universo entero. La palabra Tikkun

resuena con **tinok** (תינוק), (bebé), que comparte una raíz que evoca formación y pureza. Desde la concepción, como un bebé que llega al mundo con un potencial infinito, la Neshamá llega a éste mundo con la conciencia de rectificar, de arreglar, de corregir algo sagrado que el Creador dejó en sus manos. En éste sentido, cada mitzvah (mandato), cada acto de bondad, es un Tikkun, un paso hacia la armonía divina.

Descubrir el Tikkun en lo personal, fue como comprender que mi camino no era solo un viaje de búsqueda, sino un trabajo sagrado, una invitación a colaborar con el Creador en la restauración de mi alma y del mundo. Había Llegado a éste mundo con una misión especial, particular. Debía trabajar en mis cualidades potenciándolas. Por otra parte ejercer restricción y dominio propio sobre aquellos aspectos negativos y oscuros que, como una cáscara, Klipot en hebreo, oscurecían y ocultaban la Luz en su interior.

Místico/Misticismo: La palabra "místico" (en hebreo, relacionado con sod, סוד, "secreto") a menudo se malinterpreta, y en éste conocimiento adquiere un significado que desmitifica su esencia. Un místico no es alguien que vive en las nubes, ajeno al mundo, huyendo de la realidad material. Al contrario, en la mística judía, el místico es quien ha aprendido a traer el cielo a la tierra, integrando la fisicalidad con la Luz del Creador. Usa el misticismo como una herramienta para sublimar lo cotidiano, para ver la imagen de Dios en cada persona, cada acto, cada instante. Desde esta perspectiva, el místico camina con los pies en la tierra, pero con el corazón elevado hacia el Creador, transformando la materia en un reflejo de lo eterno. Recuerdo una frase que leí en algún lugar: "*Los místicos y los locos andan sobre el mar. La diferencia es que los locos se hunden y los místicos nadan".* Esta idea resonó en mí, porque el místico cabalístico no

se pierde en visiones; nada con intención, guiado por la sabiduría de la Torá y el Zohar, rectificando el mundo a través de su trabajo de refinamiento interior. Descubrir este significado fue como un destello en mi búsqueda, una invitación a vivir con los ojos abiertos al misterio, pero con las manos activas en la Creación.

Gematría: La palabra "gematría" (גימטריה) es un pilar de la mística judía, un sistema que asigna valores numéricos a las letras hebreas para revelar conexiones ocultas entre palabras y conceptos. En la Cabalá, cada letra del alfabeto hebreo es un canal de luz, de energía celestial y su valor numérico desvela significados profundos En el idioma original del hebreo, cuando dos palabras comparten el mismo valor numérico, significa que hay un vínculo y peso de valor energético que las vincula entre sí. En línea con éste viaje que estoy compartiendo les dejo un ejemplo de cómo funciona. Tomemos por ejemplo la palabra Or (luz) y Raz (secreto). Ambas tienen el mismo valor numérico: 207.

Esto nos dice que hay una relación especial entre ellas. Este hecho sugiere que la luz y los secretos están conectados. Cuando descubrimos algo nuevo o entendemos un misterio (como un secreto), es como si una luz se encendiera en nuestra mente. Aquí, el número 207, nos enseña que buscar la luz (conocimiento o entendimiento) nos lleva descubrir secretos valiosos, algo que podemos usar para crecer y entender mejor el mundo. En éste sentido el hebreo es único porque sus letras no solo forman palabras, sino que también llevan números que pueden mostrar conexiones profundas. En la Cabalá, la gematria no es un juego de números, sino una ventana, una herramienta que ilumina la danza del alma con la Creación. Descubrir la gematria fue como encontrar un código secreto, una llave que revelaba la armonía oculta en la Torá.

Estas palabras, **Cabalá, Zohar, Neshamá, Tikkun, místico**, **y gematría** entre otras, son más que términos; son faros en mi sendero, luces que comenzaron a disipar las sombras de mis preguntas. No pretendo dominarlas, ni siquiera comprenderlas del todo. Mi intención es compartir cómo resonaron en mi interior, cómo abrieron puertas que no sabía que existían. Este capítulo, estas definiciones místicas, constituyen un momento de pausa para honrar las palabras que guían mi camino. Con humildad y fervor, mi Neshamá sigue buscando la Fuente, el origen... al Creador, sabiendo que cada paso en éste conocimiento es un comienzo, no un fin.

Escucho el silencio

Cuando era adolescente, mi madre solía enviarme a clases particulares, lo que hoy se llama "apoyo escolar". Recuerdo especialmente a una de esas maestras: una mujer ya mayor, jubilada, que me recibía en la cocina de su casa. El horario siempre coincidía con el mediodía, y el aroma de los guisos que preparaba se colaba en mis sentidos como un hechizo. El hambre que sentía, natural para mi edad y el momento del día, se mezclaba con el esfuerzo mental que exigían esas clases.

Siempre, antes de dejarme ir, me pedía que hiciera una redacción. Un día, me sorprendió con un tema desconcertante: **"Escucho el silencio"**.

Me quedé en blanco. "El silencio... ¿Cómo se escucha el silencio?", pensé. ¿Qué me estaba pidiendo? ¿Cómo describir algo que no veo y ni siquiera tiene sonido? Muy trabajosamente empecé a escribir, aunque mi concentración se alternaba entre la hoja y los olores embriagadores de la comida que se cocinaba detrás de mí. En mi mente adolescente, solo deseaba terminar para poder irme a casa. Cuando concluí mi redacción, ella la leyó en silencio. Su rostro, ya de por sí serio, se volvió aún más severo. Me miró fijamente y sentenció: "¿Qué es esto? Esto no es lo que te pedí". En ese momento me sentí frustrado. En mi ingenuidad pensaba: *¿Cómo quiere que describa algo que no*

puedo ver ni oír? ¿Cómo se puede escuchar el silencio? Hoy, décadas después, al recordar esa escena, la vivencia cobra una dimensión completamente nueva.

Ahora comprendo que aquel tema que me pareció absurdo era, en realidad, una puerta sutil hacia una verdad espiritual profunda.

Hoy sé que el silencio puede gritar. Puede doler. Puede sanar. Hoy sé que el silencio, cuando es escuchado desde lo más hondo del alma, se convierte en una voz interior. Una voz que no se oye con los oídos, sino con la conciencia. Mi acercamiento hacia las prácticas meditativas me hacían valorar cada vez más los espacios de silencio que necesitaba para profundizar en mi propio ser interior. Pero ¡qué difícil es encontrarse con el silencio! Comprobé que ese tiempo-espacio está cada vez más oculto. Vivimos en un tiempo donde los ruidos externos son ensordecedores. No me refiero solo al ruido literal, sino al estruendo constante de las pantallas, las notificaciones, la velocidad, las opiniones que nos invaden, las urgencias inventadas, las imágenes fugaces. Todo parece diseñado para ocupar todos los espacios del alma.

Es como si existiera un "sistema del ruido", una fuerza invisible que se opone a que el alma encuentre el silencio que necesita para despertar. Este sistema no solo nos distrae: nos desvía, nos aturde, nos aplana, nos desconecta. Actúa como un velo sutil, cubriendo la sensibilidad del alma, impidiéndole escuchar su propio clamor interno.

Y así, en medio del despertar espiritual que muchos comienzan a sentir en estos últimos tiempos, surge una oposición proporcional: una resistencia ruidosa, artificial, cuidadosamente digitada, cuyo propósito no es otro que alejarnos del punto donde el alma se reencuentra consigo misma y con la Voz que la habita.

La mayor parte del tiempo somos invadidos por pensamientos que provienen del mundo del "caos": entretenimientos, redes sociales, asuntos insustanciales. Interferencias, semejantes a descargas eléctricas (energéticas), que nos dificultan la capacidad de recibir y escuchar las pistas y señales que nos envían desde los mundos superiores. Creemos que pensamos, pero nos hemos convertido en receptores pasivos y en canales de información, que responden a agendas ajenas a lo que nuestra esencia está esperando recibir para nutrirse a sí misma del pan del Cielo.

Es duro admitirlo pero estamos tan invadidos que no queda casi lugar para el pensamiento propio, la reflexión interior, la meditación. El gran desafío hoy en éste sentido, consiste en el esfuerzo que requiere el atravesar esa barrera de "descarga" eléctrica, sintonizar en la dirección correcta las antenas de nuestra mente y así poder conectar con la estación emisora de donde emana la información y poder escuchar y procesar lo que realmente necesitamos para crecer y trascender.

Hay un lugar, fuente y raíz de donde surge el agua que sana, ordena y estabiliza nuestros pensamientos. Lugar al que se accede después de esforzarse mucho en el proceso de atravesar las interferencias y las capas de oposición que lo ocultan. Ese lugar se llama **"Jashmal"**, que en términos meditativos y en hebreo significa"*silencio parlante*" o *"silencio que habla".* Por eso, hoy más que nunca, necesitamos reaprender a escuchar el silencio. Hay mucha más información allí de lo que creemos, y que puede ayudarnos a elevar nuestro nivel de conciencia. Porque el silencio verdadero no es ausencia de sonido: es presencia de lo esencial. Es allí donde comienza el alma a hablar. Y donde Dios susurra.

En esta, mi búsqueda espiritual —aquella que había comen-

zado con la visión que tuve siendo niño frente al altar de una iglesia católica—, volvía a resonar con fuerza una expresión que parecía acompañarme desde siempre: "*Retiro espiritual*". Sentía que esa necesidad de estar a solas, conmigo mismo y con el Creador, no solo había estado presente desde mi infancia, sino que ahora comenzaba a crecer como una llama interior que se avivaba silenciosamente.

Mis caminatas y mis recorridos en bicicleta, que ya eran parte de mi vida cotidiana como un hábito natural, no solo me proporcionaban placer físico o distracción. Con el tiempo, descubrí que esos momentos eran también espacios sagrados. Eran pausas vivas, portales de silencio, donde podía meditar profundamente sobre lo que estaba estudiando, integrar mis experiencias, hacerlas mías. Era como si el alma usara el cuerpo para moverse por senderos invisibles. Una armonía empezaba a revelarse. Una especie de alquimia entre el movimiento externo y el silencio interior.

Esa práctica —espontánea al principio, y luego más consciente— me regalaba una paz que no era simplemente ausencia de conflictos, sino una presencia profunda. Sentía que algo dentro de mí se alineaba, se integraba, como si diferentes partes de mi ser se volvieran a unir en un solo latido. Cuerpo y alma dejaban de estar en conflicto. El hacer y el ser comenzaban a dialogar. Y en ese encuentro, me sentía "uno". Una unidad que no era teórica ni forzada, sino vivida, orgánica, suave, profundamente reparadora. Quizás, sin saberlo, estaba entrando en ese estado que los sabios llaman *Hitbonenut*: una meditación que no es fuga del mundo, sino una forma más elevada de habitarlo. Una escucha interior donde el silencio se transforma en revelación.

Puertas del silencio

Aunque desde hacía tiempo había incorporado una práctica personal de oración —silenciosa, íntima, constante— que me llevaba a pasar hasta una hora diaria en recogimiento espiritual, aún no había explorado lo que hoy llamo la dimensión profunda del silencio, esa que se abre cuando se entra en los caminos de la meditación auténtica del alma. Mi práctica era sincera, orgánica, nacida de la necesidad de estar con el Creador, de hablarle y escucharlo en el interior. Pero no conocía aún el vasto universo espiritual que se desplegaba detrás de la palabra "meditación" desde la perspectiva de la tradición hebrea. Lo intuía... pero no lo había recorrido. Fue entonces cuando llegaron a mis manos dos libros que marcarían un antes y un después: **"Meditación y la Biblia"** y "**Meditación y Cábala"**, ambos escritos por el **Rabino Aryeh Kaplan.**

En cuanto empecé a leerlos, supe que estaba ante una guía que no solo me hablaba desde el conocimiento, sino desde una experiencia directa, profunda y vivida. El Rabino Aryeh Kaplan (1934–1983) fue una de las figuras más singulares del siglo XX. Su vida fue una fusión de dos mundos que raramente se encuentran en una sola persona: el misticismo más profundo del judaísmo —especialmente la Cabalá— y el pensamiento científico de alto nivel.

Antes de convertirse en rabino, Kaplan fue un físico talentoso. Graduado en física por la Universidad de Maryland y con estudios avanzados en matemáticas y mecánica cuántica, trabajó en el ámbito científico mientras iba profundizando en su estudio del Talmud, la Halajá y la Cábala.

Con el tiempo, sintió el llamado interior de dedicarse plenamente a la transmisión espiritual. Escribió más de 50 libros en menos de una década, entre ellos traducciones comentadas del Jumash, tratados sobre ética, ciencia y Torá, y —lo que más me impactó— sus obras sobre meditación judía, donde combina claridad, profundidad y una accesibilidad que no diluye la esencia. Kaplan no enseñaba meditación como una técnica ajena al judaísmo, sino como una dimensión olvidada de la tradición hebrea original. Lo hacía desde la Luz de la Tora (Biblia hebrea) y los escritos sagrados de los antiguos cabalistas y sabios del judaísmo. Para él, meditar no era evadirse del mundo, sino reconectar con la raíz del alma y del universo, que es el Ein Sof, el Infinito. Su enfoque me fascinó. Y me abrió una nueva puerta.

Al sumergirme en sus libros, comencé también mi propia búsqueda. Me pregunté cómo se decía "meditación" en hebreo. ¿Existía una sola palabra? ¿Era siquiera un concepto tradicional dentro del judaísmo? Mi sorpresa fue enorme al encontrarme con no una, sino una gran variedad de palabras hebreas, cada una con su propia profundidad, cada una reflejando un aspecto diferente del proceso meditativo. Las más significativas que aparecieron en mi camino fueron:

Hitbonenut (תּוּנְנוֹבְּתִה): una meditación reflexiva, contemplativa, que parte del estudio o la observación profunda hasta llegar a una comprensión interior directa.

Hitbodedut (תּוּדְדוֹבְּתִה): el aislamiento del alma, un retiro interior (y muchas veces físico) donde se dialoga de manera

espontánea con el Creador, como quien conversa con un amigo, sin fórmulas ni estructuras.

Otras palabras surgieron después: Hachna'á, Kavaná, Devekut, Sheket, Merkavá. Cada una era como un canal, una ventana, una forma diferente de entrar en comunión con lo alto. Pero estas dos —Hitbonenut y Hitbodedut— fueron las primeras en marcarme. Cada una me llamó desde un lugar distinto del alma. Y comencé a adentrarme en ellas, paso a paso.

Aunque mi inclinación más profunda se estaba orientando hacia la Hitbonenut, ese arte contemplativo de enfocar la conciencia en conceptos elevados y dejar que penetraran el alma como rayos de luz silenciosa, no podía negar que también me sentía profundamente identificado con la Hitbodedut. Había algo en esa práctica —simple y poderosa— que tocaba una parte muy íntima de mi ser. Esa necesidad de hablar con Dios como un hijo habla con su padre, sin fórmulas, sin apariencias, sin estructuras. Solo yo y Él. Un diálogo donde el alma se desnudaba con autenticidad.

Recordaba que desde niño tenía ese impulso natural de dirigirme al Supremo, a veces con palabras que ni yo comprendía del todo, pero que salían de lo más profundo. Con el paso de los años, en esos momentos de soledad —en una caminata, al atardecer, en el silencio de mi habitación— espontáneamente brotaban frases como suspiros del alma: ruegos, agradecimientos, preguntas, confesiones. No sabía entonces que aquello tenía un nombre ancestral en la tradición de la Cábala: Hitbodedut.

Fue a través del estudio que conocí más sobre esta práctica gracias a las enseñanzas de Rabí Israel ben Eliezer, conocido como el Baal Shem Tov ("El Maestro del Buen Nombre"), uno de los grandes sabios místicos del siglo XVIII y fundador del jasidismo. Nacido en Ucrania en 1698, el Baal Shem Tov trajo una

renovación espiritual profunda a su generación, en un tiempo donde el conocimiento de la Torá se había vuelto muchas veces inaccesible o frío para las masas. Él enseñó que cada alma, sin importar su nivel de conocimiento, podía conectarse con Dios con sinceridad y alegría. Ponía especial énfasis en la alegría (Simja) en hebreo. Uno de sus principios más revolucionarios —y profundamente cabalísticos— fue este:

"No necesitas saber hebreo ni recitar largas plegarias. Habla con Dios en tu propio idioma, desde lo profundo de tu corazón. Eso es más valioso que mil rezos sin intención".

Este mensaje fue una revelación para mí. Me confirmó que aquel impulso interior de hablar con Dios en mi lengua materna, con mis propias palabras —sin pensar si eran "adecuadas" o "correctas"— era una forma válida, poderosa y sagrada de conexión espiritual. En cierto modo, el Baal Shem Tov había abierto una puerta que resonaba con mi propia alma. Me enseñaba que la autenticidad vale más que la perfección, y que el Creador escucha el grito o el susurro de nuestra oración, incluso si no lleva ropajes sagrados.

El llamado de lo esencial

Había algo nuevo gestándose en mí. No era simplemente una etapa más, ni una expansión más del conocimiento espiritual que venía adquiriendo. Era algo diferente. Un movimiento interior, profundo, silencioso pero urgente. No se trataba de una mera curiosidad mística ni de una necesidad de practicar técnicas espirituales nuevas. No. Era algo más radical, más verdadero: una llamada a volver al sentido.

Hasta ese momento, ya había recorrido algunos senderos de la búsqueda interior través de la meditación y la oración silenciosa. Había conocido la dulzura íntima de hablar con Dios en mi idioma, de derramar el corazón como un niño ante su Padre Celestial; había descubierto también los espacios sagrados del silencio, esa hondura invisible donde el alma puede reposar y recordar quién es. Pero ahora algo me estaba empujando hacia otra dirección, más vertical y luminosa. Era como si todo lo vivido hasta entonces me hubiera estado preparando para una conexión distinta: la contemplación.

Fue entonces cuando comencé a comprender en profundidad el verdadero sentido de la palabra hebrea *Hitbonenut* —la meditación contemplativa—, no solo como un concepto técnico, sino como una dirección del alma hacia su raíz, un canal de ascenso, un estado interior donde la conciencia se afina, se

vuelve receptiva y penetrante, y la Luz comienza a ser percibida. Ya no buscaba simplemente entender. Ni siquiera experimentar. Buscaba contemplar. Y al contemplar, integrarme.

Descubrí que la contemplación no era pensar ni razonar, sino más bien fijar la mirada en una realidad superior, hasta que esa realidad te traspasa y se vuelve parte de ti. La contemplación no consiste en mirar "algo" fuera de uno, sino en mirar "desde" un lugar más profundo dentro de uno mismo. Y es allí donde comienza el verdadero encuentro. Era como si ese nuevo camino se abriera desde lo más hondo de mi ser, no hacia fuera, sino hacia adentro. Y más aún: hacia arriba desde el interior. No podía llamarlo de otra forma: era una respuesta al llamado de mi esencia. Algo en mí —muy adentro— sabía que este era el momento de comenzar a caminar hacia la contemplación, no como un ejercicio, sino como una forma de vida.

Pero para poder comenzar ese camino de la contemplación, algo en mí tenía que desprenderse. De ciertos hábitos, de estructuras mentales, incluso de imágenes anteriores de mí mismo. No se trataba de una huida del mundo, sino de una travesía hacia el centro de mi ser.

Y fue entonces cuando el eco de un antiguo pasaje de la Torá cobró un nuevo sentido en mi interior: *"Vayomer Hashem el Avram: Léj lejá me'artzéja, umimoladtéja, umibéit avíja, el haaretz asher ar'eká".*

"Y dijo el Eterno a Abram: '*Vete para ti, de tu tierra, de tu lugar natal y de la casa de tu padre, hacia la tierra que Yo te mostraré*'"

(Bereshit / Génesis 12:1) Durante años había leído y enseñado sobre este versículo como un mandato geográfico, una orden divina de trasladarse de un lugar físico a otro. Pero ahora, desde la lente de la sabiduría interior de la cabalá, comencé a escucharlo de otra manera. La expresión en hebreo *"Léj lejá"* no

solo significa "vete", sino también "ve hacia ti". Era como si Dios mismo me estuviera susurrando: "Sal de lo conocido, de lo heredado, de lo que te definió hasta ahora... y ve hacia lo más profundo de ti. Hacia el lugar que Yo —desde dentro de ti— te mostraré". Según la Cabalá, cada uno de los niveles que Dios le pide dejar a Abraham representa capas del yo que deben ser trascendidas para que el alma pueda revelarse en su plenitud. Por ejemplo: "Tu tierra" (*Artzéja*) es el cuerpo, la naturaleza instintiva, las tendencias básicas que heredamos.

"Tu lugar natal" (*Moladtéja*) son los rasgos emocionales, patrones de crianza y herencias psicológicas. "La casa de tu padre" (*Beit Avíja*) es la mente, las creencias adquiridas, las estructuras que nos forman pero también nos limitan. Dios no le dice simplemente a dónde ir, sino que le promete: "Hacia la tierra que Yo te mostraré" — una tierra interior, aún oculta, que será revelada en el mismo acto de caminar hacia ella.

Y así me sentía yo: llamado a dejar ciertas formas, ideas y formas de oración que ya me habían servido... pero que ya no podían llevarme más allá. Ahora, el viaje era más sutil. No podía apoyarme ya solamente en el lenguaje ni en la palabra. Tenía que entrar en un espacio nuevo: el espacio de la contemplación, donde no se habla, sino que se escucha.

Donde no se busca, sino que se habita. Y donde la tierra prometida no está fuera, sino dentro. Comprendí entonces que Hitbonenut no era solamente una técnica para lograr claridad o serenidad, sino un camino de retorno al origen, un *Léj lejá* existencial, una obediencia a ese susurro divino que me decía: "Ve. Sal de donde estás. Deja lo que crees que eres. Y ven hacia donde yo te mostraré... dentro de ti".

El alma despierta en tiempos de colapso

Vivimos en una época extraña y al mismo tiempo sagrada. Un tiempo de crisis, pero también de revelación. Un tiempo en el que —cada vez más claramente— se abre una brecha entre dos realidades: una que se desmorona, y otra que comienza a nacer en el interior de las almas. Hay quienes aún duermen profundamente, sumergidos en la rutina, en los estímulos incesantes de un sistema que entrena la mente para no mirar hacia adentro. Hay otros que están comenzando a despertar, desconcertados, sintiendo que "algo" no encaja, que el mundo no puede ser solamente esto. Y hay otros que ya han despertado. Y al hacerlo, han descubierto que no hay que huir del mundo, pero sí hay que salir de ciertos paradigmas mentales para poder entrar en una nueva conciencia. Una realidad más alta. Más verdadera. Más viva.

Muchos de los esquemas tradicionales —religiosos, sociales, políticos, incluso espirituales— están colapsando. No porque sean intrínsecamente malos, sino porque han dejado de conectar con lo vivo. Las formas se han vaciado y la gente tiene hambre y sed, pero no de pan ni de agua. *"He aquí que vienen días —dice el Eterno— en que enviaré hambre a la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír las palabras de Dios".*

(Amós 8:11). El alma humana tiene sed de sentido, sed de

lo verdadero, sed de volver a su Fuente. Pero no se trata ya de información. La información abunda. Lo que escasea es la conexión. Y en este tiempo de transición —en esta suerte de *interfase espiritual* entre un mundo que muere y otro que aún no ha nacido— la búsqueda ha dejado de ser opcional. Quien no busca, se pierde. Quien no despierta, se anestesia.

El alma, a nivel colectivo, está descubriendo su propia identidad, y una vez que despierta ya no se vuelve a dormir. Pero ese despertar no ocurre afuera. No se activa por acumular libros ni por seguir modas espirituales. Las respuestas que necesitamos no están lejos de nosotros, están —como dice la Torá— *"muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que las cumplas"* (Devarim 30:14). Están dentro de la experiencia del Léj Lejá. Dios sigue diciendo: "*Sal... Ve hacia ti... Yo te mostraré*". Y sin embargo, estamos atados por conceptos heredados, por estructuras mentales rígidas, por miedos que no son nuestros, por contextos culturales o religiosos que nos mantienen paralizados. Como si cada alma llevara encima un peso invisible que la aplana, que la distrae, que la desconecta del tesoro que guarda dentro.

El sistema opuesto a la espiritualidad —llámese materialismo, distracción masiva, ruido emocional— parece hoy más refinado que nunca. Está bien afinado. Y está logrando su objetivo: que el alma no escuche su propio silencio. Que no recuerde quién es. Que no busque. Que se agote antes de empezar. Pero aun en medio de esta oscuridad creciente, he notado algo: Muchos están cansadas de este mundo superficial. Y ese cansancio no es un fracaso, sino una señal de que el alma quiere volver a casa.

He visto almas aturdidas por los ruidos del mundo, pero con una chispa viva en los ojos, buscando desesperadamente una rendija por donde respirar. He sentido esa desesperación también en mí. Y sé que no es mala. Es el dolor del parto del alma.

Y en ese parto, en ese umbral entre mundos, una herramienta aparece como un acto de resistencia y de retorno: la *meditación*. El entrar en uno mismo. El sentarse a habitar el presente. El silenciar las voces del afuera para poder escuchar la Voz que viene desde lo alto, a través de lo profundo. Solo hay que bajarle el volumen al mundo, porque la voz interior está, siempre ha estado. Porque ese es el secreto: Lo Alto y lo Profundo se tocan en el interior profundo. Y es ahí, justo ahí, donde comienza el verdadero ascenso.

En medio de esta época de oscuridad ruidosa, de desconexión disfrazada de éxito, hay una paradoja que se repite una y otra vez: La mayoría de las personas no sabemos quiénes somos en lo profundo, pero sentimos que algo está mal. Lo vivimos en el cuerpo, en las emociones, en nuestros vínculos y decisiones. Otros en forma de angustia, ansiedad, vacío, insatisfacción, o ese cansancio existencial que no se calma con dormir ni con vacaciones.

Al hablar con amigos, personas con creencias diferentes y conocidos hay una frase que se repite como un eco universal: "Siento que algo me falta..." "No sé por qué estoy así..." "Estoy vacío, pero no sé qué necesito..." Muchos de ellos son personas de fe. Creen, oran, asisten a sus espacios religiosos. Y sin embargo... no están en paz. Algo no termina de cerrar. Y no porque la fe esté mal, sino porque la experiencia interior se ha convertido en una estructura externa, sin contacto con la raíz viva del alma. Vivimos acostumbrados a palabras como estrés, ansiedad, depresión, insomnio, cansancio mental, saturación, angustia crónica...

¿No será esto el síntoma de una desconexión más profunda?

¿No será que nos hemos desconectado de nuestra fuente interior?

¿Y que esa desconexión nos impide acceder al verdadero potencial del Creador dentro de nosotros?

La Cabalá enseña que cada alma viene al mundo con una luz única, un propósito insustituible, una chispa divina que solo ella puede expresar. Y sin embargo, esa chispa suele quedar sepultada bajo capas y capas de programación mental, dolor no sanado y exigencias ajenas. Como si la luz interior estuviera atrapada tras un vidrio empañado. Pero esa luz no se pierde. Está. Está esperando ser descubierta, liberada, reactivada. No es que la gente no tenga fuerza. Es que no saben dónde está. Y muchas veces buscan fuera, cuando el verdadero viaje es hacia adentro. Dice Proverbios 20:27: *"El alma del hombre es una lámpara de Dios".* Pero si la lámpara está cubierta de hollín, de ruido, de miedo, no brilla. Solo el silencio, la introspección, la atención consciente, pueden limpiar esa lámpara. El alma sabe. El alma quiere. El alma puede. Pero necesita ser escuchada, nutrida, fortalecida.

Necesita espacios, necesita herramientas. Y una de ellas, una de las más antiguas y poderosas, es la meditación. Pero reitero, No como técnica pasajera ni como herramienta de relajación, sino como un camino sagrado de retorno. Un retorno a la esencia. Un retorno a la fuente. Un retorno a Dios.

El eco de nuestras acciones

Uno de los pasajes más luminosos y a la vez desafiantes que encontré en el Zohar, la obra principal de la sabiduría mística del judaísmo, dice:

"Cuando el ser humano se despierta abajo para buscar al Santo, Bendito Sea, se despierta también arriba un despertar que le responde... y se unen mundo con mundo"

(Zohar, Vol. I, 86a).

Este texto, aunque en apariencia místico o enigmático, no hace más que confirmar algo que el alma intuye: todo está conectado. No hay oración verdadera que no abra puertas. No hay lágrima sincera que no cruce los cielos. No hay búsqueda interior que quede sin eco en lo alto. Este principio no es exclusivo del judaísmo. Es una verdad universal. Pero la Torá revelada y la Cábala lo articulan con precisión: cada acto en este mundo físico tiene una repercusión directa en los mundos espirituales. Cuando el alma se mueve, el universo responde.

El gran cabalista **Rabí Itzjak Luria,** conocido como el **Arizal**, enseñaba que todo ser humano viene al mundo con una parte específica de la creación que sólo él o ella puede elevar. Y que esa elevación se produce a través del pensamiento, la palabra y la acción. Cada acto, si es consciente, tiene el poder de reparar una parte del mundo roto, fragmentado. Incluso el

Ramban (Najmánides), un sabio de la Edad Media que no era estrictamente un cabalista, ya decía:

“Todo lo que le ocurre a una persona en lo físico, es un reflejo de lo que ya ocurrió en lo espiritual”.

Esto me hizo pensar en cuán poco conscientes somos de lo que movilizamos con nuestras intenciones. Creemos que nuestros pensamientos se pierden, que nuestras pequeñas acciones no tienen importancia, pero la sabiduría interna de la Torá nos recuerda: cada chispa cuenta. Cada paso deja huella.

El Baal Shem Tov, fundador del jasidismo, del cual hablamos en capítulos anteriores, contaba que cada alma tiene una canción propia. Y que cada vez que el alma hace un movimiento sincero para acercarse a Dios, esa canción resuena en los mundos celestiales. No hace falta saber hebreo. No hace falta ser un místico. Solo hace falta sinceridad y voluntad de buscar. Y cuando el alma se mueve con verdad, lo Alto responde con gracia. Como está escrito en otro pasaje del Zohar: “*El Santo, Bendito Sea, se asienta con cada persona que abre su corazón hacia Él, incluso en la más pequeña habitación…” (Zohar, Vol. II, 94b).* Estas enseñanzas no están ahí para intimidar. Están ahí para despertarnos. Para recordarnos que no somos hojas al viento. Somos canales de luz, instrumentos de conexión, socios en una creación que aún no terminó.

Me permito aquí una pausa para introducir un término que nos va a ayudar a comprender mejor lo que compartiré a continuación. La palabra hebrea que en la mayoría de las Biblias se traduce como fe es: **Emuna.** En muchos contextos fuera del judaísmo, “fe” se entiende como una creencia pasiva o aceptación ciega de algo sin evidencia tangible. Algo así como creer sin dudar, sin cuestionar, sin preguntar… sólo cree.

La definición que aparece en el libro de Hebreos 11:1: “Es pues

la fé la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve", es ciertamente profunda y hasta llena de contenido místico. Pero quiero agregarle un ingrediente que aprendí de leer los textos en hebreo. Emuná (הָנוּמֱא) en hebreo, va mucho más allá de una creencia pasiva. Proviene de la raíz ןמא (imún), que significa "firmeza", "confianza" o "apoyo". Emuná es un acto dinámico, una confianza activa que surge del esfuerzo personal y que transforma la vida. No es solo creer en Dios, sino vivir y trabajar para alinear tu alma con la voluntad divina a través de acciones concretas. *Emuná* se ve como un proceso ascendente, donde el ser humano, desde su nivel terrenal, construye una relación con lo divino a través de su esfuerzo. Esto se refleja en las raíces relacionadas.

Un descubrimiento que enriqueció mi vida desde lo espiritual fue el aprender que cada palabra en el idioma hebreo, comparte raíces con otras que no solo amplían el concepto sino que las elevan con significados profundos. Esto pasa precisamente con la palabra emuná. Comparte raíz con la palabra "imún" que significa "entrenamiento" o "práctica". Esto sugiere que emuná (fe) no es algo que simplemente se recibe, sino que se desarrolla mediante un entrenamiento constante. Al igual que un atleta entrena su cuerpo, tú "entrenas" tu alma a través de actos de confianza, estudio y rectificación. Ejemplo: Practicar la bondad diaria o meditar para fortalecer tu conexión con lo bueno, estudiar para crecer en conocimiento de Su Voluntad. Todo ello fortalecerá tu Emuná. Otra palabra que comparte raíz con emuná es "uman", (ןָמּוא) que significa "maestro artesano", alguien que moldea y da forma a materiales con habilidad y cuidado.

Todas estas definiciones implican un llamado a trabajar activamente en nuestra vida como un artesano trabaja en su obra. Somos cada uno de nosotros con nuestras manos y corazón,

dándole forma a nuestro carácter, refinando nuestras acciones y rectificando nuestros errores. ¡Somos los artesanos de la imagen que vamos a dejarle al mundo! Al igual que un artesano pule una pieza de madera, "pulimos" nuestras vidas a través de buenas decisiones, cambios en nuestros comportamientos reactivos y arrepentimiento, creando algo hermoso no sólo para uno sino para los demás. Esta "acción" nuestra desde abajo significa que no debemos esperar que El creador haga todo. Es un proceso donde tú subes con tu trabajo, y eso te conecta con algo más grande.

La fe (emuná) desde la perspectiva hebrea es un llamado a la acción, un puente entre tu esfuerzo y la luz divina. A diferencia de una fe pasiva, te invita a entrenarte como un atleta y moldearte como un artesano, rectificando tu vida con cada paso. Este enfoque activo desde abajo es un regalo del idioma hebreo que puede inspirar a cualquiera a crecer espiritualmente. Habiendo explicado el término emuná, retomo ahora la línea y enfoque que venía desarrollando.

La búsqueda espiritual no es una simple curiosidad. No es un hobby, ni un escape emocional para personas sensibles. Es una respuesta del alma al llamado del Creador. Y como toda respuesta genuina, exige algo de nosotros: movimiento, inversión, entrega. En los capítulos anteriores fui describiendo como la respuesta a muchas de las preguntas que se hacían sentir con fuerza en mi interior no estaban afuera, sino adentro.

Sin embargo, acceder a esas respuestas no era automático. Había un trabajo que realizar. Un ascenso que no se logra sin escalones. Una puerta que no se abre sin llave. En este nuevo tramo del camino fui comprendiendo una verdad que, aunque siempre había estado presente, ahora comenzaba a encarnarse: Nada se mueve arriba, si no se mueve algo abajo. Como alguna

vez escuché: "*La campana no suena arriba si no tiramos de la soga abajo*". Esta idea, central en la cosmovisión de la Cabalá, me fue revelando un orden oculto en la realidad: cada pensamiento, cada intención, cada acción en este plano físico, por pequeña que sea, despierta un eco en los mundos superiores.

No hay acto vacío. No hay silencio que no resuene. No hay lágrima que no suba. La tradición judía enseña que el ser humano no fue creado como un simple espectador del mundo, sino como un socio activo con el Creador en el proceso continuo de la creación. Dios hizo el mundo... incompleto, y nos dió la misión —el privilegio— de completarlo, de elevarlo, de refinarlo. Esto implica responsabilidad. Implica esfuerzo. Implica que cada uno de nosotros tiene una parte única del Tikún (rectificación) del mundo. Pero vivimos en una época que, en muchos sentidos, ha perdido esta visión. Esperamos resultados inmediatos, soluciones listas, espiritualidad rápida. Y a veces, incluso esperamos que Dios nos lo dé todo sin mover un dedo. Pero esa espera pasiva no solo no es realista: es contraria al diseño mismo de nuestra alma. Los sabios de la Cabalá llaman a esta actitud ***"pan de la vergüenza"*** (Lejem Ha Bosha). Es decir, aquello que se recibe sin haberlo trabajado ni ganado produce una incomodidad espiritual profunda, una especie de vergüenza existencial. El alma —por su esencia divina— no desea sólo recibir, sino que anhela ser causa, crear, aportar, merecer, dar.

Por eso, en su misericordia, el Creador no nos dio todo hecho. Nos dejó trabajo por hacer. Nos dejó mundos por elevar. Nos dejó desafíos, para que el alma pudiera crecer, expandirse, brillar con su propia luz. Porque solo así, lo que recibimos realmente nos nutre. Sólo así, dejamos de ser receptores pasivos y nos convertimos en co creadores. Todo lo que sucede en los mundos superiores tiene su reflejo en este mundo. Y todo lo que ocurre

aquí abajo despierta una respuesta arriba. Este es un principio universal en la Cabalá, expresado en la fórmula: *"Ke'ma shehu lema'ala, ken hu lemata. U'ma shehu lemata, ken hu lema'ala"*. ("Así como es arriba, es abajo; y como es abajo, es arriba").

Este principio no es una metáfora poética, es una ley espiritual: El alma es puente entre mundos, y nuestros actos son cables de conexión entre el plano físico y el divino. Cuando una persona se esfuerza por abrir su corazón, aunque sea por un instante, cuando vence la inercia, cuando elige lo elevado en medio de la confusión, cuando hace un acto de bien, aún en la oscuridad, algo inmenso ocurre. Los mundos se alinean. Las puertas se abren. La luz comienza a fluir.

Para ir cerrando éste capítulo, lo que deseo enfatizar es la naturaleza del alma humana que, como hemos visto, no se conforma con ser un mero recipiente pasivo del bien. En su raíz divina, ella anhela asemejarse a su Creador, no solo recibiendo, sino dando, construyendo, participando activamente en el acto sagrado de la creación y la elevación.

La Cabalá nos enseña que si bien el Creador pudo haber otorgado todo el bien sin esfuerzo de parte nuestra, esto habría provocado lo que los sabios llaman, como dije antes, el "pan de la vergüenza", es decir, una recepción inmerecida que genera incomodidad espiritual. Por ello, el alma fue enviada a este mundo físico, donde a través del libre albedrío y el esfuerzo consciente puede conquistar, con mérito propio, los niveles más sublimes de iluminación y cercanía divina.

Podemos ilustrar esto con una parábola: Imaginemos a un hombre extremadamente pobre, que ha vivido con carencias toda su vida. Un día, un rey magnánimo lo ve desde su carruaje y, movido por la compasión, lo invita a su palacio. Le da ropas reales, lo sienta en su mesa y lo colma de todo lo que jamás

había soñado. Al principio, el necesitado está extasiado, sin palabras. Pero con el paso de los días, esa dicha comienza a teñirse de algo más profundo: vergüenza. No puede evitar sentir que todo lo que recibe no le pertenece, que es ajeno a sus propios logros. Entonces, nace en él un deseo sincero: "Quiero hacer algo. Quiero servir, trabajar, dar. No solo recibir. Quiero parecerme a quien me dio tanto. Esta situación me está resultando incómoda... vergonzosa"

Así también es el alma. En su esencia más pura, no puede soportar una felicidad sin esfuerzo, una luz no conquistada. La verdadera plenitud nace del trabajo interior, del perfeccionamiento de nuestras debilidades, del ejercicio de la voluntad para conectarse con lo alto. Este mundo es el escenario donde se nos da la oportunidad de transformar cada acción, cada elección, en una escalera hacia lo eterno. Y en ese ascenso, el alma se libera del pan de la vergüenza y se convierte en socia de Dios en la obra de la redención. Sin embargo, esta asociación no ocurre sin esfuerzo. El movimiento que generamos desde abajo, hacia la acción consciente es un viaje que requiere voluntad, disciplina y decisión espiritual. No se trata de "esperar" que todo venga de lo Alto como una dádiva, sino de comprender que la verdadera gracia divina se revela cuando el ser humano se levanta, da el primer paso, y comienza a elevarse por sí mismo. El Creador, en su infinita bondad, responde a ese movimiento, pero no lo reemplaza.

Como lo expresé más arriba, aquí se manifiesta uno de los principios más profundos de la sabiduría Divina: *Toda acción abajo despierta una respuesta arriba.* El flujo espiritual no es unilateral. Hay un dinamismo constante entre los mundos superiores y este mundo inferior, como si el universo entero estuviera a la espera de nuestra participación activa para abrir

compuertas de luz. El esfuerzo humano no es solo deseable: es necesario. El alma, al actuar, se vuelve canal de la Luz Divina. Y es justamente esa acción —esa pequeña chispa que se atreve a elevarse— la que tiene el poder de despertar los cielos.

Ponme como un sello sobre tu corazón

"Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como la muerte..."

(Cantar de los Cantares 8:6)

Antes de haber oído siquiera el término "Cabalá", mucho antes de comprender algo sobre la dinámica espiritual del alma, este versículo me golpeó el corazón como una verdad que ya conocía, aunque nunca hubiera sabido cómo expresarla. Recuerdo vivamente aquel momento. Apenas había comenzado mi camino de fe, acercándome por primera vez a la lectura de los textos sagrados. La Biblia era para mí un terreno nuevo, fresco, cargado de misterio. Entre todos sus libros, fue el Cantar de los Cantares el que me sorprendió con una dulzura extraña, como si me hablara desde otro plano. Y este versículo -Cantar de los Cantares-_ 8:6— me cautivó con una fuerza indescriptible.

Recién nos habíamos puesto de novios con quien sería luego mi esposa. En ese momento, sentía que las palabras humanas no me alcanzaban para expresar la profundidad del vínculo que comenzaba a florecer entre nosotros. Entonces, como un regalo, apareció esta joya de la Escritura. "Ponme como un sello sobre tu corazón...": era exactamente eso lo que deseaba. En esos días lo que nos unía a la distancia eran las cartas que nos escribíamos semanalmente. Mi ansiedad, y profundo amor que sentía por

ella, hacía que las cartas fueran vía expreso. No eran simples ni certificadas, como decíamos entonces. Tenían que ser Expreso... ¡Ya!.

Esta clase de envíos era mucho más costoso que los demás. Pero el corazón ardía y el costo era lo de menos. El sentimiento y el deseo de conectar y estar con ella superaba cualquier costo. Solo deseaba una cosa: el ser parte de su interior, de su sentir, de su historia. "Porque fuerte es el amor como la muerte...": Esa fue una de las primeras citas bíblicas que le escribí en aquellos días. Era una expresión extraña, sí, pero cargada de una intensidad que yo también sentía. Inexplicable, pero cierta. Era una manera sutil, casi celestial, de decirle cuánto la amaba.

Muchos años después, cuando comencé a sumergirme en el estudio de la Biblia, comprendí que este versículo no solo habla de un amor humano, sino del anhelo eterno del alma por el Creador. Comprendí que esa misma fuerza que me impulsó entonces a declararle mi amor a quien hoy es mi esposa, era un reflejo, una expresión desde la fisicalidad, de un impulso mucho más profundo inscrito en la esencia del alma humana: el deseo de unirse a su Origen. Desde la perspectiva cabalística, este clamor del alma —"ponme como un sello..."— expresa su anhelo de no ser olvidada, de no quedar relegada entre las capas densas de la existencia material. Es el deseo de que su vínculo con lo divino sea firme, inquebrantable, grabado como un sello sobre el corazón del Creador.

Pero hay algo más que descubrí con el tiempo: este amor no se sostiene solo con palabras o sentimientos. El alma no se conforma con soñar o desear. Su naturaleza es moverse, ascender, actuar. Aquí se manifiesta el principio espiritual de Mayin Nukvin —las "aguas inferiores"—, que describe el esfuerzo que nace desde abajo hacia lo Alto. Es el impulso que

pone en movimiento los mundos celestiales. Es esa pequeña chispa de acción desde abajo lo que provoca la gran respuesta de lo Alto. Para ilustrar este principio espiritual universal desde la misma Biblia, me voy a referir a un pasaje del Génesis (Bereshit) Capitulo 2:6. Dice:"Y *subía de la tierra un vapor que regaba toda la superficie de la tierra".* Allí se refiere al Creador cuando hizo subir las aguas del abismo y regó las nubes para empapar la tierra. Luego fue creado el hombre.

El principio espiritual de "aguas inferiores" y el "mover desde abajo" tienen su raíz en éste pasaje del Génesis precisamente. Es decir la acción debe comenzar abajo. Como un vapor que se eleva desde el altar de nuestro corazón que hará que descienda la lluvia de la bendición sobre nuestras vidas. Ese vapor que sube desde la tierra puede entenderse como el impulso espiritual del alma, que, aunque está investida en un cuerpo físico y en el mundo material, siente una atracción innata hacia lo Divino. Y aquí, insisto, porque es importante. Este anhelo no es pasivo. Es una fuerza activa que surge desde abajo, desde lo más íntimo de nuestro ser. En la Cabalá, las Mayin Nukvin, son las iniciativas humanas: oración, estudio de la Biblia, actos de bondad y justicia y cumplimiento de sus mandamientos, es decir todas acciones que despiertan una respuesta desde lo alto que se materializarán en el flujo de bendiciones y de energía Divina que desciende. Otra clara y sugestiva representación del alma es y siempre ha sido la llama de una vela. Como la llama de una vela, el alma está anclada a una mecha —a este cuerpo, a esta vida—, pero no puede evitar su naturaleza ascendente. Siempre está buscando subir, vibrar, elevarse hacia su raíz. Y si no lo hace, si queda atrapada en la inercia, entonces llega la tristeza, la apatía interior, que no es otra cosa que el llanto del alma silenciada. La espiritualidad verdadera no es esperar pasivamente que

"algo suceda". Es trabajar. Es abrir puertas. Es convertirse en buscador activo. Y solo entonces, cuando la acción nace desde lo profundo, desde abajo, el Cielo responde.

Este principio, como lo vengo reiterando, desde la perspectiva cabalística, refleja el principio de Mayin Nukvin —las "aguas femeninas", o dicho de otro modo, el impulso que asciende desde el mundo inferior hacia el superior. Es la iniciativa del alma que se despierta, que comienza a moverse, a elevarse con esfuerzo desde abajo. Es este movimiento, este despertar desde la tierra, lo que provoca la apertura de los canales celestiales.

La espiritualidad auténtica no es una espera pasiva de que "algo suceda". No es sentarse bajo el árbol esperando que el fruto caiga por gracia. Es, por el contrario, un llamado a levantarse, a trabajar el terreno, a extender las manos hacia el Cielo con sinceridad. La metáfora de la llama de la vela nos ayuda a comprender mejor esta dinámica. La llama, aunque sujeta a la mecha, siempre tiende hacia arriba. Aunque esté limitada en su base material, su esencia no se resigna: se estira, vibra, asciende. Así también el alma: vive en un cuerpo, en un mundo denso, pero no deja de buscar su raíz. Incluso cuando todo parece oscuro, incluso cuando ha sido "invertida" por las circunstancias de la vida, su llama interna sigue apuntando hacia lo alto. No puede hacer otra cosa. Fue creada para elevarse. Y cuando esa chispa se mueve, cuando decidimos dar un paso —aunque sea mínimo— desde lo profundo de nuestro ser, desde el dolor, la esperanza, o incluso desde la confusión... entonces, el mundo superior comienza a responder. La Cabalá llama a esto Itaruta de Letata —el "despertar desde abajo"— que provoca Itaruta de Le'ela —el "despertar desde lo alto". Por eso, gran parte de nuestra apatía interior no es otra cosa que la ausencia de ese "movimiento" desde abajo. Y así como cuando

al cuerpo físico no le damos movimiento se endurece y nos duele, así también, cuando no le damos al alma lo que necesita —movimiento, dirección, conexión, ella se entristece, se duele. Su llama, aunque encendida, se vuelve tenue, casi invisible. Pero no se apaga. Está esperando que decidamos actuar, invertir, trabajar, asumir nuestro rol.

El Creador, en su infinito amor, ha dispuesto que cada uno tenga ese poder: el poder de activar, desde abajo, los mecanismos celestiales.

¿Cómo se comienza el camino espiritual?

A esta altura, tal vez la pregunta que te estás haciendo es: "Está bien... pero ¿cómo se hace todo esto? ¿Por dónde empiezo?" Y es una excelente pregunta. Porque si toda esta luz, toda esta posibilidad de ascenso, de transformación interior, de encuentro con lo divino. Si todo esto no se puede traducir en pasos concretos, accesibles y reales, entonces corre el riesgo de volverse una idea más, un ideal inalcanzable, o peor: una frustración. Por eso quiero comenzar este capítulo dejando algo muy en claro: no todos estamos llamados a lo mismo.

No todos necesitamos practicar meditación contemplativa o disciplinas espirituales sofisticadas para elevarnos. La posibilidad de crecer espiritualmente está al alcance de todo aquel que desea buscar con sinceridad, desde el lugar en el que se encuentra. La clave no está en la técnica, ni en la tradición, ni siquiera en el sendero elegido. La clave está en el corazón del buscador.

Dice la Escritura: *"Porque el Eterno está cerca de todos los que lo invocan, de todos los que lo invocan de veras"* (Salmo 145:18). Esa expresión "de veras" me ha acompañado desde el comienzo. No significa "perfectamente", ni "sin errores", ni "con el conocimiento adecuado", Significa: con honestidad. Con

autenticidad. Con esa voz interior que a veces apenas susurra, pero que es real. Que no juega. Que anhela.

Cada alma es distinta. No todos venimos de la misma raíz. No todos vinimos a esta vida con los mismos desafíos, las mismas pruebas, ni las mismas herramientas. Entonces, pretender que todos recorran el mismo camino sería absurdo, por no decir injusto. Por eso no me propongo aquí "enseñar el camino", sino simplemente compartir cómo fue el mío. No para que lo sigas, sino tal vez para que, al reconocer algunos ecos o diferencias, encuentres con más claridad el tuyo.

Recuerdo que mis primeros pasos fueron torpes, inseguros... pero profundamente sinceros. No sabía casi nada, pero algo dentro de mí ya ardía. No sabía orar "como se debe", ni distinguir lo que era doctrina de lo que era manipulación emocional. Pero sí sabía —y eso nadie me lo enseñó— que algo dentro de mí comenzaba a buscar. Que ese buscar me dolía, me conmovía y, al mismo tiempo, me daba vida. Y fue en ese estado de vulnerabilidad y apertura donde comencé a tener mis primeras experiencias espirituales: pequeñas señales, encuentros aparentemente casuales, pasajes bíblicos que saltaban a la vista con una fuerza particular... No tenía lenguaje para explicarlo, pero lo sentía profundamente real. No pretendo empujar a nadie hacia lo que yo viví, ni mucho menos invadir el camino del otro. El alma sabe hacia dónde debe ir si se le permite escuchar. Por eso, este capítulo no es una instrucción. Es una invitación. Una ventana a lo que viví, con la esperanza de que sirva como punto de referencia —no como mapa, para quien se encuentra en ese momento delicado y sagrado de comenzar.

Antes de continuar compartiendo algunas experiencias personales que marcaron profundamente mi camino interior, como las que voy a compartir más adelante, relacionadas con números,

sueños y otras manifestaciones, me gustaría hacer una breve reflexión sobre un aspecto fundamental de la conciencia humana y su interacción con la realidad: **La sincronicidad.** En términos generales este término se refiere a la coincidencia significativa de dos o más eventos que no tienen una relación causal aparente, pero que parecen estar relacionados de alguna manera. Es decir, son sucesos que ocurren simultáneamente o en secuencia y que, para la persona que los experimenta, tienen un significado especial y relevante. En el año 1964, el psiquiatra suizo **Carl Gustav Jung** introdujo de manera más formal el concepto de sincronicidad, al que definió como "*la coincidencia significativa entre un estado psíquico interno y un acontecimiento externo que guarda con él una relación no causal, pero sí simbólica y significativa*". En otras palabras: hay hechos que nos ocurren que parecen casuales, pero que al examinarlos desde una mirada más profunda, revelan una conexión significativa con lo que sentimos, pensamos o buscamos.

Desde la espiritualidad, esto no es algo nuevo. En realidad, es algo antiguo. Los sabios de la Cabalá ya hablaban hace siglos de una realidad superior que conecta todo: los pensamientos con los acontecimientos, lo visible con lo invisible, el mundo interior del alma con las manifestaciones del mundo físico. Lo llamaban **Olam HaIejidu**t (עולם האחדות) —el Mundo de la Unicidad— , una dimensión donde todo está entrelazado, guiado por un principio más alto que trasciende nuestra lógica lineal.

En esta dimensión de unidad, no existe lo "casual" como lo concebimos comúnmente. Cada cosa que nos toca —una palabra, una mirada, un número, un sueño o incluso una interrupción aparentemente insignificante— puede ser una señal, un mensaje que nos invita a prestar atención. Lo que el mundo moderno comienza a intuir como "campo cuántico" o

"inconsciente colectivo", ya era parte del lenguaje sagrado que manejaban los antiguos maestros cuando hablaban de la Sefirá de Kéter, el nivel más alto del Árbol de la Vida, o del concepto de Hashgajá Pratit —la supervisión divina individual— donde nada ocurre sin un propósito.

Traigo esta breve reflexión porque lo que quiero compartir a continuación no está desligado del mundo racional, pero sí lo trasciende. Solo hace falta abrirse, mirar con los ojos del alma y empezar a escuchar cómo lo externo y lo interno dialogan.

Mis primeros pasos reales en el camino espiritual —aquellos que de verdad marcaron un punto de inflexión en mi vida— no comenzaron con la Cabalá. Ni con libros profundos, ni con prácticas místicas. Comenzaron en el silencio de mi habitación. Con una decisión simple, pero firme: dedicar cada día un tiempo exclusivo para la oración. No sabía entonces nada de técnicas de meditación ni de respiración consciente. Pero algo dentro de mí ya estaba buscando. Había leído y escuchado a otros hablar del poder de pasar una hora entera en oración, a solas con Dios. Y eso me tocó profundamente. Me preguntaba: ¿cómo lo hacen? ¿Cómo se puede estar tanto tiempo orando sin distraerse, sin perder el foco? Parecía imposible... pero decidí intentarlo. Lo asumí como un desafío. Me arrodillaba junto a mi cama, cerraba los ojos y comenzaba a hablar con Dios con la mayor honestidad que podía. Al principio me costaba. Me sentía torpe, repetitivo. Pero algo me empujaba a persistir. Y así, sin darme cuenta, fui aprendiendo el arte de la disciplina espiritual. Comencé a encontrar un sabor en ese tiempo. Un espacio sagrado que ya no era solo mío: era compartido. No sabía explicarlo, pero algo ocurría en ese silencio.

Fue entonces cuando comenzó a pasar algo extraño. Frente a mí, sobre una pequeña mesa de libros, tenía un reloj digital.

Me servía de guía para saber cuánto tiempo llevaba orando. Pero lo curioso —lo que empezó a llamarme profundamente la atención— fue que, cada vez que levantaba la vista para ver la hora, el número 7 estaba allí. A veces eran las 15:07. Otras veces 17:37. A veces un 7 exacto. O un número total con múltiplos de 7. Al principio lo tomé como una simple coincidencia. Pero con el tiempo, fue tan repetido, tan exacto, tan constante, que ya no podía ignorarlo.

¿Era una casualidad? ¿Un simple juego de mi mente? ¿O era, como comencé a preguntarme en lo profundo, una señal desde los Cielos? ¿Acaso alguien —o Algo— me estaba mostrando que esa búsqueda, ese esfuerzo silencioso, no estaba pasando desapercibido? ¿Podía ser que, en medio de mis torpes oraciones, sin técnicas ni conocimientos, ya estuviera comenzando un diálogo real...? La pregunta me acompañó mucho tiempo. No tuve respuestas inmediatas. Pero yo sabía que allí había algo. Que me estaban hablando. Que me estaban mirando. Y sí... más adelante descubriría el profundo significado de ese número y su relación con mi búsqueda, con los ciclos del tiempo, con la creación y con mi propia raíz espiritual. Pero eso lo contaré más adelante. Ahora sólo quiero subrayar algo: no necesitas empezar sabiendo. Ni entendiendo. Solo necesitas comenzar con sinceridad. Dios se revela, como dice el salmista, a “todo aquel que lo invoca de veras”. Y a veces, la “veracidad” no es otra cosa que animarse a estar, a buscar, a insistir —aunque no sepas cómo, aunque no sientas nada, aunque parezca que no pasa nada—. Porque sí pasa. Siempre pasa algo cuando un alma se dispone a buscar.

¿Puede Dios hablar a través de los números?

Hubo un momento en mi camino espiritual en que empecé a sentir —sin poder explicarlo con palabras— que detrás de las cosas sencillas que me rodeaban había un lenguaje oculto, una forma de comunicación silenciosa pero profundamente personal. No se trataba de voces ni de visiones, sino de algo mucho más sutil, casi imperceptible, pero constante.

Fue entonces cuando comencé a recordar cosas que hasta ese momento no había conectado. Y todo giraba en torno a un número: el 7. El mismo número que se me presentaba una y otra vez en mis tiempos de oración —en el reloj digital frente a mí, en combinaciones como 7, 25, 52, 34, 43—. Al principio lo tomé como una curiosidad, pero después... no podía ignorarlo. Era, como dije antes, si algo —o Alguien— me estuviera hablando a través de ese número. Entonces recordé algo más. No era nuevo. El 7 había estado conmigo desde el mismo comienzo. Nací un día 7 del mes 2, del año 1950. Y aunque entonces no le daba importancia, más tarde noté algo casi poético: si al 50 le quitaba el cero y le sumaba el 2... nuevamente aparecía el 7. Mi número de documento nacional comenzaba con 7. Y terminaba en 14: dos veces 7. El número de sorteo que me tocó para el servicio militar... terminaba también en 7. El número de la

primera casa donde viví al dejar mi ciudad natal... terminaba en 7. Y mientras tanto, cada vez que oraba, el reloj volvía a hablarme con la misma cifra. Una y otra vez. Podía seguir creyendo que era casualidad. Pero algo en mí sabía que era causalidad. Que había allí un mensaje. Un lenguaje. Una firma. ¿Puede Dios hablarnos a través de los números?

Una vez una persona cristiana me compartió que soñaba frecuentemente con un número, y no entendía su significado. Lo que entonces me parecía extraño, con el tiempo comenzó a tener sentido. Yo también estaba experimentando algo similar. Solo que no venía en sueños: venía en la vida diaria. En los números del semáforo. En el ticket de espera para ingresar a un local. En el número de orden de un turno. Allí estaba el siete, como una señal silenciosa, como si el Cielo me susurrara: "*Está todo bien. Seguís en el camino*". Entonces comencé a tomarlo como un lenguaje. Un nuevo modo de relación. Una especie de código secreto entre el alma y el Creador. No era superstición, ni magia, ni obsesión. Era una pedagogía espiritual que se abría paso en los detalles más simples de lo cotidiano. Funcionaba, para decirlo de alguna manera, muy naturalmente. Más adelante, cuando comencé a estudiar los textos de la Cabalá, todo empezó a adquirir una nueva dimensión. El número 7 no era cualquier número. Descubrí que dentro de la mística hebrea, el 7 está cargado de simbolismo, estructura y profundidad. Representa la totalidad del mundo natural, los siete días de la Creación, las siete sefirot emocionales, los siete cielos, los siete brazos de la menorá, las siete semanas entre Pesaj y Shavuot, y mucho más. Era, efectivamente, uno de los números más potentes y sagrados.

Allí entendí que en mi camino personal —no sé por qué designio divino— el número 7 me había sido asignado como

un sello. Un código. Una señal de guía. De pertenencia. Como si me dijeran: "*Esto es parte de tu raíz. En esto hay un misterio que deberás descubrir*". Y entonces la gran pregunta se hizo inevitable: ¿Qué hay en el siete? ¿Qué me estaba queriendo enseñar? Ese fue el comienzo de un nuevo nivel en mi búsqueda.

¿Qué hay en el siete?

A medida que avanzaba en mi camino espiritual, especialmente al adentrarme en los estudios de la Torá y la sabiduría de la Cabalá, fui comprendiendo que el número 7 no era solo una cifra que se repetía en mi vida como coincidencia curiosa, sino que estaba profundamente codificado en la estructura espiritual del universo. No era una invención humana. Estaba en mi ADN espiritual. Era una elección divina. Una pista. Una firma. En el pensamiento hebreo, los números no son meros símbolos matemáticos; están ligados a las letras hebreas, y por lo tanto a palabras, ideas y realidades espirituales. En la profundización de mi búsqueda quise avanzar un poco más. Entonces me pregunté: ¿Si traduzco mis dos nombres al hebreo, que valores numéricos me darían? Grande fue mi sorpresa cuando descubrí que mi primer nombre —Luis— en hebreo, tenía el valor numérico de: 107, y mi segundo nombre —Jorge—, 227. Si sumaba ambas cifras el total era: ¡334!

Más adelante aprendería de mis maestros y lecturas de libros que profundizaban sobre éstos misterios, que los nombres con los que somos bautizados por nuestros padres encierran significados profundos. Que los nombres que recibimos de nuestros padres no son por mero azar, casualidad ni por continuar con la memoria de algún ser querido de la familia. Hay una inspiración divina que hace que esa alma, que está a punto de nacer, se le

ponga el nombre que la caracterizará desde su esencia (raíz) hasta la misión que tendrá que desempeñar en el mundo. En los valores numéricos, ocultos en esos nombres, se encuentra el GPS, el mapa del camino que tenemos que recorrer y la misión que tenemos que cumplir. En hebreo, el número 7 corresponde a la letra Zain (ז), cuyo nombre proviene de la raíz que significa "arma" o "sustento", y que también está vinculada con el concepto de lucha espiritual, esfuerzo, pero también victoria. Entonces comencé a recordar todos los momentos en que el número 7 aparece en la Biblia. No como adorno. No como elemento casual. Sino como una estructura espiritual de orden, plenitud y propósito.

La creación misma fue estructurada en torno al 7: Seis días de trabajo y un séptimo día de descanso, el Shabat, que no es simplemente un día más, sino el alma del tiempo. El Shabat es el momento en que la Creación misma "respira" y se vuelve a conectar con su Fuente.

Luego vi que las fiestas bíblicas también están marcadas por el número 7: Pesaj y Sucot duran 7 días. La cuenta del Omer, entre Pesaj y Shavuot, abarca 7 semanas completas. El año sabático, el Shemitá, ocurre cada 7 años. Y después de 7 ciclos de 7 años (49), llega el Yovel, el jubileo, año de liberación y restitución.

Incluso la Menorá del Templo Sagrado, símbolo de la luz divina, tenía siete brazos. Y los sabios enseñan que hay siete cielos espirituales, y siete niveles de la tierra, como también siete sefirot inferiores, las cualidades emocionales del alma divina. Entiéndase por ahora a las Sefirot como atributos Divinos que interactúan en nuestro sistema psicológico al nivel emocional. Cada uno de estos "sietes" no es repetición.

Es una faceta distinta de un misterio más profundo: el número 7 representa la completitud dentro del mundo natural. Seis

direcciones (norte, sur, este, oeste, arriba y abajo), y el séptimo punto: el centro. El eje invisible. El lugar de conexión entre lo terrenal y lo divino. Y comprendí entonces, que si el número 7 se había repetido tanto en mi vida no era para entretenerme, ni para provocar asombro pasajero, sino para llamarme la atención sobre un camino. Para decirme: "*Tu raíz espiritual está vinculada con esta estructura. Observa. Estudia. Aprende. Aquí hay una llave".*

Comencé a ver al número 7 como una especie de invitación personalizada del Cielo, una señal que me decía: "Esto no es azar. Nada en la Torá es accidental. Ni una letra, ni una palabra, ni un número está demás. Cada cosa es una puerta". Y lo más extraordinario fue descubrir que este lenguaje estaba disponible para todos. Que cada alma puede —si se vuelve atenta y receptiva— comenzar a leer esos "guiños" del Creador. Los números, los tiempos, los encuentros, incluso las repeticiones cotidianas... todo puede convertirse en señal viva si se lo mira desde el alma. Porque la Torá no es un libro externo. Es un mapa que empieza a brillar desde adentro cuando el alma se enciende. Y cada uno recibe las claves que necesita en el momento que está listo para ver. Y yo... comenzaba a ver.

Del número a la vibración: cuando el alma empieza a recordar

El número 7, que hasta entonces había sido para mí una señal externa, un guiño persistente en mi vida cotidiana, comenzó a revelarse ahora como una estructura interna. Ya no era solo algo que aparecía en relojes, documentos o contadores de los semáforos etc.: el siete se convirtió en una frecuencia espiritual que empezaba a vibrar dentro de mí, marcando una transición hacia otro plano de conciencia. Comencé a intuir que todo estaba conectado. Que no se trataba de símbolos aislados o de eventos llamativos sin propósito. Todo lo contrario: cada cosa formaba parte de una trama divina, tejida con una precisión perfecta, esperando que el alma —como una lámpara encendida dentro de la vasija que es el cuerpo— comenzara a percibirla.

Comprendí que nuestros nombres no son solo palabras: son llaves espirituales que revelan el propósito de nuestra alma. Fue allí donde comencé a acercarme a la experiencia de la meditación contemplativa, lo que más adelante conocería como **Hitbonenut.** Y aunque aún no tenía claridad técnica ni definiciones precisas, ya se estaba gestando en mí una disposición interior. Una especie de vacío fértil. Una apertura suave pero firme a lo desconocido.

Comencé a preguntarme: ¿Eran reales esas experiencias que muchos mencionaban sobre vibraciones físicas, sensaciones de

energía moviéndose en el cuerpo, o incluso percepciones más allá de los límites del yo físico? ¿Era posible realmente sentir cómo el alma se expandía o se desprendía momentáneamente del cuerpo? ¿Era legítimo? ¿Era sano? ¿Era divino? Yo no buscaba experiencias extrañas. No me motivaba la curiosidad mística ni el deseo de "ver cosas". Nunca lo hice. En mi corazón siempre estuvo una sola intención: acercarme al Creador. Conocerle. Sentirle. Comprender mejor Su Voluntad y Su Presencia. Eso era todo. Había algo que me sostenía en esa dirección: un versículo que se había vuelto ancla para mi alma, y que volvía a mí como un eco suave pero poderoso: "*Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi Nombre. Me invocará, y Yo le responderé...*"

(Salmo 91:14-15)

Ese versículo me hablaba directamente. Me decía que el amor auténtico por el Creador no queda sin respuesta. Que la búsqueda sincera, sin segundas intenciones, abre puertas invisibles. Que cuando un alma pone su deseo en lo Alto —no para obtener cosas, ni para elevar su ego espiritual, sino simplemente por amor—, entonces algo se conmueve en los cielos. Y también en el alma misma. Y así fue como, sin darme cuenta, estaba a punto de entrar en una etapa nueva. Una etapa donde lo espiritual ya no sería solo comprensión, emoción o inspiración, sino también vivencia en el cuerpo. Una etapa donde lo físico rozaría lo espiritual, y donde aprendería que el cuerpo no es un obstáculo para la experiencia divina, sino una herramienta sagrada, un canal vivo por el que se puede ascender espiritualmente, y también recibir. Que el cuerpo es un socio del alma. Que lo sutil y lo físico constituyen una sola entidad, una combinación perfecta que refleja la sabiduría del Creador.

Primeras experiencias

Mis primeros pasos en la meditación no fueron guiados por libros académicos ni por técnicas estructuradas. Fueron más bien fruto de una búsqueda interior que se fue abriendo paso con intuiciones, enseñanzas recibidas, y sobre todo, con deseo sincero de acercarme a la Divinidad. Recuerdo que comencé a aprender de ciertos maestros —algunos de ellos estudiosos de la Cabalá— que hablaban de la imaginación y la visualización como una herramienta del alma. Lejos de ser una fantasía infantil, explicaban que el alma necesita imágenes para traducir lo invisible, para poder habitar lo que de otro modo permanecería como idea abstracta o distante. Una de esas imágenes que comencé a utilizar fue la de la llama de una vela. Ese simbolismo que expliqué anteriormente. La llama —como ya intuía desde antes— representa la tendencia natural del alma a ascender, a buscar lo Alto. Pero ahora esa imagen se volvía más precisa: comencé a visualizar una llama descendiendo sobre mi cabeza, como una columna sutil de luz que venía de lo Alto y me tocaba. Al principio, imaginar o visualizar no fue fácil. La mente se dispersa, el cuerpo se inquieta, la concentración parece un animal salvaje difícil de domar. Pero con el tiempo entendí que esa misma lucha forma parte del camino. La concentración no es una imposición, sino una amistad que se cultiva. Entonces

recordé una frase de uno de esos maestros de Cábala que me impactó profundamente. Dijo: *"Si pudiéramos tener una cámara capaz de fotografiar el alma... ¿qué veríamos?"* Y él mismo respondió: *"Veríamos una luz. Una energía celestial que desciende desde lo más alto y entra a través de la cabeza, llenando a la persona desde dentro. Esa luz no tiene un color definido. Es transparente. Es un misterio".*

Más adelante hizo referencia a una antigua cámara —creo que se llamaba Kirlian— que podía captar un halo de energía luminosa que rodea a las personas. No sé si esa tecnología logra captar realmente lo espiritual, pero la imagen quedó grabada en mí: esa luz invisible que desciende sobre el ser humano, como un abrazo silencioso desde el cielo. Así fue como comencé. Me sentaba en silencio. Cerraba los ojos. Y, poco a poco, empezaba a imaginar (visualizar) esa llama descendiendo sobre mí. Una columna de luz, sutil, tibia, sin forma definida. La veía bajar lentamente, como si buscara mi cabeza, como si supiera dónde tenía que entrar. A veces era más fácil. Otras, simplemente era un intento. Pero siempre había algo que se despertaba. Una quietud especial. Una vibración interna. Como si mi cuerpo comenzara a volverse más transparente, y esa luz, esa llama, pudiera fluir por dentro. Sentía que esa luz no era mía. No era producto de mi imaginación, sino más bien un regalo que se manifestaba a través de ella. Pero de una cosa era consciente para ese entonces y era que: "*Toda acción abajo, genera un movimiento arriba*". Ahora estaba aprendiendo a generar esa conexión. Era la conexión que yo iniciaba desde abajo (aguas inferiores) lo que que hacía que dicha acción resultara en un fluir que me visitaba cuando yo me disponía a recibirla. Allí comenzó un nuevo capítulo. Uno donde el alma ya no solo piensa ni reflexiona, sino que empieza a habitar lo que cree.

A medida que avanzaba en esta práctica de conexión espiritual, lo que al principio era solo visualización y búsqueda interior comenzó, poco a poco, a manifestarse también en el cuerpo. No en forma de fenómenos extraordinarios o cosas que uno podría contar para impresionar, sino en pequeños signos físicos, sutiles, pero profundamente significativos.

Uno de los primeros signos que comencé a notar fue un cosquilleo muy suave en la frente. No era inmediato. No era algo que yo pudiera provocar o forzar. Pero cuando realmente sentía que mi alma estaba alcanzando un estado más profundo de conexión —cuando mi oración silenciosa se volvía más auténtica, más pura, más vacía de ego—, ese cosquilleo aparecía. Como una brisa imperceptible que apenas rozaba la piel, y sin embargo decía mucho. Con el tiempo, esa sensación no solo se manifestaba en la frente, sino que se extendía a veces a todo el rostro. Como si una corriente invisible de energía estuviera fluyendo desde lo alto hacia mí, atravesándome con una delicadeza sagrada. No era emoción ni imaginación. Era una señal. Una especie de "sí" desde lo Alto. Como si el cuerpo dijera: "*Estás en el lugar justo. Estás tocando el umbral".*

Ese cosquilleo se convirtió para mí en un lenguaje espiritual físico. No podía traducirlo en palabras, pero sí podía reconocerlo como una expresión del alma encarnada. Una manera que tenía mi ser de decirme: "*Has tocado algo real*". Fue entonces cuando recordé lo que en algunas tradiciones místicas —incluyendo enseñanzas cabalísticas— se conoce como el "tercer ojo". Había escuchado ese término antes, pero nunca me detuve a estudiarlo. Comencé a investigar. Algunos hablaban de la glándula pineal, ubicada en el centro del cerebro, como de un puente entre lo físico y lo espiritual. Consulté fuentes médicas, que señalaban que su función principal es regular los ciclos del sueño

a través de la melatonina. Pero también encontré que en muchas tradiciones espirituales, esa pequeña glándula es considerada un portal, un receptor de luz sutil, una especie de "antena espiritual" natural que permite al alma percibir dimensiones más elevadas de la conciencia. ¿Era posible que esas sensaciones tuvieran algo que ver con esto? ¿Estaba simplemente sintiendo efectos físicos de un estado emocional elevado, o realmente había algo más, algo que trascendía la fisiología?

Me hice muchas preguntas. No encontré todas las respuestas, y tal vez nunca las encuentre por completo. Pero sí sentí, con una claridad difícil de explicar, que mi cuerpo comenzaba a participar de lo espiritual, como si él también formara parte del Templo. El cuerpo también se volvía sensible a la luz. Y ese cosquilleo en la frente, esas vibraciones sutiles, ese calor o esa expansión del rostro y del pecho... eran como campanas silenciosas que me anunciaban que lo invisible estaba haciéndose presente. Y así, sin buscar experiencias por sí mismas, sin obsesionarme con señales ni fenómenos, fui aprendiendo a escuchar con todo mi ser. Porque cuando el alma busca al Creador de veras, todo el ser comienza a afinarse. Todo el ser se vuelve instrumento. Fue entonces cuando comprendí lo que escribió el Rey David en el Salmo 103:1: "*Bendice alma mía al Señor, y bendiga **todo mi ser** Su Santo Nombre".*

El caer de una lágrima

Hay momentos en que el alma se asoma al misterio, y lo hace no desde el intelecto, sino desde el silencio. Momentos donde las palabras desaparecen, y lo único que queda es la sensación de haber sido tocado por algo que no se puede explicar, pero que se sabe real. Momentos donde una lágrima se convierte en testigo de algo que la mente no podría narrar. Así fue como comencé a experimentar, en algunos instantes de profunda contemplación, manifestaciones físicas significativas. No eran visiones, ni revelaciones espectaculares. Eran gestos simples, pero cargados de eternidad. Una de esas señales era el temor reverencial que comenzaba a crecer dentro de mí, a la par del amor. No un miedo paralizante, sino un temblor sagrado. Una conciencia cada vez más aguda de la grandeza del Creador, de Su infinitud, de Su inaccesible luz. Y también, al mismo tiempo, una certeza creciente de Su cercanía. Esa paradoja: el Infinito inaccesible, y sin embargo presente. Tan grande, y tan íntimo. A veces, durante estos momentos de meditación, sentía que algo en mí se rendía. Mi rostro bajaba solo, como quien se inclina sin saber por qué, y todo el ser se silenciaba ante la pregunta imposible: ¿Cómo puede ser que un ser finito, limitado, imperfecto... pueda ser abrazado por el Creador del universo? Y sin embargo, lo era.

En mi interior profundo lo sabía. No lo razonaba. No lo imaginaba. Lo sentía. Sentía que me recibía. Que era abrazado. Que una Luz —no como una luz física, sino una energía que nutre el alma desde dentro— me rodeaba y me llenaba, sin ruido, sin forma, sin discurso. Ya no había llama, no había visualización, era Presencia. Era como si el alma volviera a su origen. Como si se reencontrara con la Fuente de donde fue emanada. Era el encuentro entre el Emanador y el emanado.

Y en esos momentos, el cuerpo no quedaba al margen. Todo el ser —alma, mente, cuerpo, se hacía receptáculo de una dulzura intensa y silenciosa. Era lo que los sabios de la Cábala llaman "Oneg" (גנע), una forma de placer espiritual tan sutil y elevada que no puede ser sostenida por mucho tiempo, pero que deja su huella. Es ese tipo de gozo que no viene de recibir algo, sino de unificarse con el Todo. Y entonces, sin que lo buscara, una lágrima caía. No era una lágrima de tristeza. Era una lágrima de reconocimiento. De humildad. De saberse mirado, tocado, amado por Aquél que sostiene el universo entero... y sin embargo, se digna a entrar en lo más íntimo de mi ser. Ese instante fugaz... era eterno.

A medida que estos momentos sagrados se volvían más frecuentes, empecé a notar un detalle peculiar: aquella lágrima que descendía en silencio, como si supiera el camino exacto, emergía siempre de mi ojo derecho. No eran lágrimas en ambos ojos. Nunca del izquierdo. Siempre del derecho. Al principio no le di mayor importancia. Pero con el tiempo, esa pequeña observación comenzó a resonar dentro de mí. Algo en mi interior me decía que eso también era una señal. Que incluso una sola lágrima puede hablar el lenguaje secreto del alma. No era la novedad lo que me atraía de estas experiencias. Ni siquiera buscaba las experiencias por sí mismas. Lo que me impulsaba

cada noche a sentarme en silencio era un deseo constante, inagotable, de acercarme al Creador. De conocerle más. De comprender cómo agradarle. De entender por dónde debía seguir caminando en el sendero que me había sido asignado desde lo Alto. Pero esa lágrima... esa lágrima solitaria, del lado derecho... se convirtió en una compañera silenciosa, en un testigo invisible de encuentros profundos entre mi alma y su Fuente.

Fue entonces que, en mi continuo deseo por comprender, por integrar las vivencias que venía experimentando, descubrí en los textos de la Cabalá algo que me estremeció: los sabios enseñan que una lágrima que surge en momentos de conexión espiritual auténtica es señal de que el alma ha tocado Kéter, la Corona. Kéter no es cualquier nivel. Es la cima del Árbol de la Vida. Es el punto más elevado de la existencia espiritual, el umbral donde el Infinito (**Ein Sof**) comienza a revelarse.

Allí no hay palabras. No hay formas. Solo hay luz, amor, y un temblor dulce que hace que el alma —aún encarnada— reconozca su verdadero hogar.

Y entonces todo cobró sentido. La lágrima que caía de mi ojo derecho estaba hablando. En la estructura espiritual del cuerpo, la derecha representa Jesed, la Bondad, la Misericordia divina. Mientras que la izquierda se asocia con Guevurá, el juicio, la restricción. Comprendí que esa lágrima no era solo mía. Era Suya. Era Su bondad tocando lo más profundo de mi ser. Era Su perdón abrazando mi historia. Era Su ternura suavizando las grietas de mi alma. Y entendí que a pesar de mis errores, de mis caídas, de mis múltiples formas de haberle fallado, el Creador —fuente de toda santidad— me estaba recibiendo como a un hijo. No por méritos. No por conocimiento. Sino simplemente porque Él es amor. Y Su amor no conoce límites. Era Su amor y

mi lágrima. Mi lágrima y Su perdón. Mi pequeñez y Su abrazo. Y en ese instante, como tantas veces, ya no había nada más que decir. Solo bajar la cabeza. Y dejar caer una lágrima.

Quisiera terminar este capítulo hablando a quien sea que lea estas líneas —no importa si sabe poco o mucho, si cree estar cerca o muy lejos de Dios. Lo que importa no es el lugar donde te encuentres, sino el deseo de avanzar un paso más hacia Él. No temas tu vulnerabilidad.

No temas llorar. No temas quebrarte. El alma que se abre, aún desde lo roto, es recibida con un amor que no conoce condiciones. El Amor de Dios te espera. Está allí. En lo oculto. En el susurro. Esperando que te acerques no con argumentos, sino con el corazón desnudo. Dice el Zohar (Terumá 152b): "Cuando una lágrima brota desde lo profundo del corazón, la puerta superior se abre y no se cierra hasta que se presenta delante del Rey". Esa lágrima —sí, incluso esa que no comprendés— es una llave. Una ofrenda. Y no eleva al que la derrama para hacerlo más grande ante los hombres... Lo eleva solo para hacerlo más pequeño ante el infinito. Porque a medida que el alma se acerca más a su Fuente, no se infla: se deshace. Como Abraham, que al intuir la grandeza de Dios solo pudo decir: "Anojí afar va-efer" — Yo soy polvo y ceniza. (Génesis 18:27). Y entonces comprendí una verdad simple y transformadora: La palabra "Ani" (אני), que significa "yo", cuando se transmuta , utilizando las mismas letras se convierte en "Ain" (אין), nada. Y es desde ese lugar, desde ese "nada", que todo puede comenzar.

Entonces en mis momentos más profundos de encuentro, suelo decir en silencio: "Tú... eres Todo (Ata Ain). Yo... soy Nada (Ani Ain). Y sin embargo, Tú me recibes". Y eso basta. Eso lo cambia todo.

A las 3 de la mañana

Hasta ese momento, había encontrado un espacio físico en mi hogar para mis encuentros con el Creador. Un rincón sencillo, una silla orientada hacia el este —hacia Jerusalén—, como lo hacían los profetas y como lo siguen haciendo, aún hoy, aquellos que la en diáspora elevan sus oraciones en dirección al lugar que fue y será centro de conexión espiritual para el pueblo de Israel. Pero entonces algo nuevo comenzó a revelarse: ya no se trataba solo de un lugar en el espacio, sino también de encontrar un lugar dentro del tiempo. Había leído y escuchado de diversos sabios que las horas de la madrugada —especialmente entre las tres y las cinco— eran portales espirituales privilegiados. Momentos en los que, según la Cábala, la misericordia divina despierta. Un tiempo en el que el alma —si está atenta, si está viva— se levanta para buscar a su Fuente. Un momento donde las voces del mundo callan, y la voz del cielo se vuelve audible. Y comencé a probar.

Al principio fue un esfuerzo físico real. El cuerpo se resistía. El calor de la cama, el frío del invierno, el sueño acumulado. Todo parecía conspirar. Pero el alma sabía algo que el cuerpo aún no comprendía. El alma sabía que allí, en esa franja de tiempo, se escondía algo precioso. Una oportunidad de oro. Una invitación desde lo Alto. Con el tiempo, lo que al principio me parecía

un sacrificio comenzó a transformarse en un anhelo. Dejé de obligarme. Comencé a esperar esos momentos con expectación, como quien aguarda el encuentro con alguien muy amado. Dos veces por semana, me propuse levantarme a partir de las tres de la mañana. No como una carga, sino como un regalo. Y algo comenzó a cambiar. No solo en mí. A mi alrededor también. Las sincronicidades se multiplicaban. Las señales se hacían más nítidas. Y entendí algo profundo: cuando el alma se dispone sinceramente a buscar, el mundo espiritual responde. Hay una interacción constante, aunque invisible, entre los planos superiores y nuestro mundo terrenal. Nada está desconectado. Fue en ese proceso de búsqueda y práctica sostenida que escuché, en el silencio de una de esas madrugadas, una voz. No una voz exterior, sino una que venía desde lo Alto, resonando dentro de mi alma. Una frase que me atravesó con fuerza y dulzura: "Estar solo no significa que estás solo".

Esa revelación tocó una fibra muy profunda en mí. Había atravesado muchas etapas de soledad, internas y externas. Y sin embargo, esa verdad me sostuvo. No estaba solo. Nunca lo estuve. Lo que había comenzado como una disciplina de meditación contemplativa, conocida como hitbonenut, se había vuelto parte de mí. Ya no se trataba de un ejercicio. Era una forma de vida. Un hábito del alma. Un compromiso libre. Un canal de encuentro constante. Y así, entre el silencio de la noche y la brisa del alba, el alma seguía aprendiendo a escuchar. Seguía ascendiendo. Seguía diciendo: "Hineni — aquí estoy".

Con el paso del tiempo, algo comenzó a suceder una y otra vez. Llamémoslo sincronicidad. O guiño celestial. O simple respuesta del alma al llamado invisible del cielo. Me iba a dormir con la intención firme y amorosa de levantarme a las 3 de la mañana. No ponía alarma. Solo lo deseaba. Lo preparaba

interiormente. Y sucedía: me despertaba. Miraba el reloj... a las 3 en punto. Sí, claro, uno puede decir que es el subconsciente, la programación mental, la neurobiología del hábito... ¿Pero acaso la mente misma, el cerebro, la memoria, la conciencia... no son obra de una Mente infinitamente superior? ¿No son instrumentos divinos? Y aun si solo fueran causas naturales, ¿no es acaso la Naturaleza misma el lenguaje con el que habla el Creador? Pero había más. Algunas veces no me despertaba solo por un impulso interior, sino por algo que rompía el silencio de la madrugada.

En varias ocasiones, escuchaba una voz femenina que pronunciaba mi nombre. No era un sueño. No era alucinación. Era una voz real, aunque no física. Una voz que resonaba con absoluta claridad dentro de mi ser, y sin embargo no provenía de mí. No era fuerte por su volumen, sino por su autoridad espiritual. Tocaba el alma. Con el tiempo, comprendí que esa voz femenina no era otra que la Presencia Divina —la Shejiná— tal como se expresa en la sabiduría cabalística.

No se trataba de una mujer ni de una figura. Se trataba de esa faceta del Creador que habita con nosotros, que se inclina, que nos habla en lo íntimo. Desde la Cábala, la Shejiná es el aspecto receptivo, amoroso, cercano de lo divino. Es el rostro femenino de la luz infinita, la Madre que habita entre nosotros, incluso en el exilio. Y así como en los textos proféticos se la describe gimiendo por sus hijos, también se la presenta como aquella que vela en la noche... llamando al alma a elevarse.

Otras veces, lo que me despertaba era aún más curioso. Un golpe en la ventana. Literal. Como si alguien tocara para entrar. Me levantaba, algo desconcertado. Miraba el reloj. Las 3. Siempre. A veces era el ladrido repentino de un perro, extraño para esa hora. Un sonido aislado que me arrancaba del sueño. Las 3

otra vez. Y entonces supe que estaba entrando en una dimensión diferente. No se trataba de fenómenos extraordinarios, ni de buscar señales espectaculares. Era simplemente la certeza silenciosa de que uno no camina solo. Que el cielo responde. Que hay alguien del otro lado. Como dijo una vez esa voz en lo profundo de mi alma: "Estar solo no significa que estás solo".

Todo está conectado

Hubo una enseñanza que cambió para siempre mi manera de ver el mundo: la unicidad del Creador. No solo en el sentido abstracto de que "Dios es Uno", sino en su sentido más profundo y operativo: no hay nada fuera de Él. Nada existe por separado. Nada está desconectado.

Esta comprensión me llevó a ver con otros ojos cada cosa que ocurría.

Entendí que la aparente fragmentación que percibimos aquí —en este mundo físico, temporal, limitado— es apenas un velo. Una ilusión que oculta la red invisible y perfecta que sostiene toda la realidad. Todo lo que sucede, todo lo que cruza mi camino, responde a un diseño.

Fue entonces cuando dejé de usar la palabra "casualidad". Comencé a hablar de **causalidades**. De señales. De mensajes. De propósitos escondidos en lo simple, en lo pequeño, en lo cotidiano. Desde entonces, cada palabra, cada acción, cada pensamiento, comenzaron a tener otro peso para mí. Empecé a sentir la responsabilidad de mi existencia.

Ya no como una carga, sino como un privilegio sagrado. Comprendí que todo lo que hago aquí abajo, tiene una repercusión arriba.

La Cabalá lo dice con claridad: **"Midá kenegued midá":**

medida por medida. Todo tiene eco. Todo regresa. Todo responde. La energía que irradio, los gestos que tengo hacia los demás, la intención que pongo en lo que digo, todo forma parte del circuito del universo. Y en ese circuito, nadie se va sin saldar lo que debe. No hay olvido, ni error, ni azar. Todo lo que sucede en la vida de una persona —lo bello y lo difícil, lo dulce y lo amargo— tiene un porqué. Un origen. Una necesidad que viene desde los mundos superiores y toca la realidad física para encender un aprendizaje. Así fue como, poco a poco, comencé a prestar más atención. A mirar más profundo. Estaba aquí para aprender. A no subestimar ni un insecto que se cruzaba en mi camino. A darme cuenta que todo tiene un sentido escondido. Que toda criatura, toda situación, cada rostro que aparece, cada silencio o cada palabra, es parte del entramado de la Voluntad Divina.

Ya no puedo ver a una persona sin preguntarme: ¿Qué vínculo me une a este ser que cruzó mi día? ¿Qué quiere mostrarme el Creador a través de este instante? Nada está separado. Nada está huérfano. Y fue así, en una de esas mañanas de meditación y estudio, mientras leía sobre la unicidad de Dios y la conexión sagrada de todas las criaturas, que me ocurrió algo que jamás olvidaré.

Una mañana, muy temprano, como tantas otras, me encontraba meditando con mi Biblia hebrea abierta frente a mí. Estaba estudiando lentamente, palabra por palabra, el texto sagrado, tanto en hebreo como en su traducción. Ese día, mi reflexión giraba en torno a una sola palabra:

דחא – Ejad – Uno. La leía. La murmuraba. La dejaba resonar en mi interior. Ejad no es simplemente un número. Es una clave. Una afirmación de totalidad. Es la proclamación de que el Creador y Su creación son una sola realidad. Sin divisiones.

Sin separaciones. Sin fragmentos sueltos. Meditar en la palabra Ejad es más que pensarla. Es permitirle entrar en uno mismo. Es asumir que cada palabra, cada acción, incluso cada pensamiento, resuena no solo en nuestro mundo interior sino también en los mundos superiores. Nada está aislado. Todo está en vibración constante con todo.

Estaba profundamente inmerso en esta idea, en la serenidad de esa mañana silenciosa, cuando de pronto una mosca comenzó a revolotear a mi alrededor. Se posaba sobre las páginas, volaba frente a mis ojos, regresaba con insistencia.

Mi primer impulso fue espantarla, distraídamente. Pero no se iba. Persistía. Al principio traté de mantener la calma. Pensé: "Si todo es uno... también esta mosca forma parte de ese Uno". Intenté incluirla en mi meditación. Desde que había comenzado a incorporar en mi interior este principio de la unidad —la conciencia de que todo está conectado y posee sentido dentro del gran entramado de la creación— algo comenzó a transformarse también en mis hábitos más simples. Hasta matar un pequeño insecto dentro de la casa comenzó a costarme. Si encontraba un grillo, una arañita o incluso una mosca, mi primer impulso era procurar sacarla afuera con cuidado, sin dañarla. Sabía que no era casualidad que estuviera allí. Recordé entonces lo que había leído sobre **Rav Itzjak Luria**, más conocido como el Arizal (1534–1572), uno de los sabios cabalistas más elevados y puros que hayan existido. Se dice que el Arizal evitaba dañar incluso a los insectos más diminutos que encontraba dentro de su casa, pues veía en cada ser viviente una chispa de vida y una misión dentro del orden divino. Esa sensibilidad hacia lo más pequeño, lejos de debilitar su espiritualidad, la elevaba a un nivel de conciencia aún más sutil, más afinado con la luz que todo lo abarca.

Pero, retomando el tema de la mosca en mi tiempo de meditación, siendo sincero, su presencia se volvió cada vez más molesta. Y mi mente, que intentaba conectarse con lo alto, comenzó a dispersarse.

Me levanté, tomé un ahuyentador de insectos. No quería dañarla, solo hacer que se fuera. Pero mi paciencia se había agotado. Entonces, un poco más irritado, rocié un fuerte chorro en su dirección. La mosca comenzó a girar desorientada y finalmente descendió... voló lentamente hasta posarse exactamente sobre la página que yo tenía abierta. Y allí, moribunda, caminó unos pasos —con lentitud, con una extraña solemnidad— hasta detenerse justo sobre la palabra hebrea: דחא – Ejad – Uno. Me quedé en silencio. Inmóvil. Mirando ese pequeño cuerpo detenido sobre esa palabra eterna. En ese instante sentí que el cielo entero me hablaba. Que el mensaje era claro: "¿No meditabas en la unicidad? ¿No buscabas entender cómo todo está conectado? ¿Y ahora qué harás con esto que acaba de ocurrir?" La mosca, la página, la palabra, mi molestia, mi reacción, mi búsqueda, todo estaba entretejido en una lección viva. Una enseñanza precisa, directa, hecha a medida para mi alma. Aprendí algo más ese día: Que incluso cuando uno cree estar "muy elevado" espiritualmente, el Creador puede enviarte una simple mosca para mostrarte cuánto aún necesitas refinarte. Y que la unidad no es un concepto, sino una práctica. Una forma de mirar. Una forma de vivir. Y esa palabra, *ejad*, desde entonces quedó grabada en mí no solo como un ideal, sino como una presencia. Un llamado a la humildad. A la paciencia. Y a la reverencia por todo lo que existe, por más pequeño que parezca.

El niño del sueño

Con el tiempo aprendí que la meditación no era solo una práctica diurna, sino también una puerta que podía abrirse en el umbral del sueño. Así como el alma se eleva durante la vigilia contemplativa, también puede hacerlo en ese tránsito sutil que ocurre entre el último pensamiento y el primer suspiro del descanso. Comencé a aplicar algunas técnicas meditativas antes de dormir. No eran complicadas, pero sí profundas: una disposición interior, una orientación del corazón, un deseo genuino de cerrar el día en conexión con lo alto. Visualizaba la Luz, invocaba el Nombre, dejaba que la respiración descendiera suavemente... y entonces, me dormía. Dormía de verdad. No muchas horas, pero sí con descanso real. La mente se serenaba, el cuerpo se alineaba, el alma encontraba su lecho de paz.

Muchos años antes —cuando aún no había comenzado este camino con tanta claridad— el sueño solía ser un territorio incierto. A veces me visitaban pesadillas, imágenes densas, perturbadoras. Hoy reconozco que no era tanto lo que soñaba, sino desde qué estado interior dormía. Y entonces, en esa nueva etapa, comenzaron a visitarme otros sueños. En especial uno. Uno que regresaba cada tanto. No tenía palabras, no tenía tramas complejas. Solo la aparición de un niño. Un niño muy pequeño, casi un bebé. Su rostro lozano, puro, casi celestial.

Había dulzura en su sonrisa, una inocencia que no era ingenua sino sabia. Me miraba con una ternura que desarmaba cualquier defensa interior. A veces, simplemente, me abrazaba. Yo respondía igual: con un abrazo suave, casi reverente. Y era como si, por un instante que no sabía medir en tiempo, se suspendiera todo. No había lógica. No había interpretación. Solo había un sentir profundo, un lazo inexplicable, una certeza sin palabras. Era como si algo, o alguien, me recordara de dónde vengo. Como si ese niño fuera una parte de mí que había quedado suspendida en otro plano, y en esos momentos de sueño regresaba para acariciar mi alma dormida y recordarle su luz original. ¿Quién era ese niño? ¿Era un símbolo? ¿Una imagen del alma? ¿Un enviado? No lo sabía con exactitud. Pero sí sé lo que sentía: paz, conexión, dulzura, hogar. Tal vez —y esto lo fui comprendiendo después— ese niño no venía a enseñarme algo. Venía a recordarme quién soy.

La sensación era profunda. Tan vívida, tan clara, que al despertar no dudaba en lo que había experimentado. Era un sueño, sí... pero era más que un sueño. No era fantasía ni imaginación: era un lenguaje. Un mensaje. Una señal que descendía en la quietud de la noche como una caricia del cielo. El niño volvía. Siempre niño. Siempre pequeño. Siempre con ese rostro resplandeciente, casi sagrado. Había algo en su expresión que me infundía una paz que no era de este mundo.

Una calma que se deslizaba por cada rincón del alma, como si todo, absolutamente todo, estuviera bien. Al despertar, lo que más quedaba era su rostro. No recordaba palabras, ni paisajes, ni acciones. Solo su rostro. Durante mucho tiempo no supe cómo nombrarlo. No sabía quién era ni qué representaba. Pero lo reconocía. Era familiar. Íntimo. Cercano. Como si siempre hubiera estado allí. Como si él fuera parte de mí.

Entonces comencé a pensar que quizás era una señal más, como aquellas otras que el Creador me había enviado a lo largo del camino. Como los números que aparecían con insistencia, como los momentos sincrónicos, como los impulsos internos que guiaban mis pasos. Tal vez el niño era otra de esas pistas: una forma delicada de decirme: "todo está bien, seguí caminando". Pero no siempre era igual. En algunas pocas ocasiones, noté algo diferente. Un leve rastro de tristeza en su rostro. Y una vez —solo una— vi una lágrima recorrer su mejilla. Esa imagen me estremeció. Era como si el alma misma llorara. Como si algo en mi interior se sintiera desatendido. Como si me estuvieran diciendo: "*Me estás olvidando. Me estás descuidando. Aliméntame. Instrúyeme. No te distraigas".*

Y fue entonces que, con el tiempo —o tal vez por revelación— lo comprendí: ese niño era mi propia alma. Su rostro dulce y sereno reflejaba los frutos del trabajo espiritual, de la búsqueda sincera, del cuidado, de la instrucción diaria. Y sus gestos de tristeza eran reflejo de mis descuidos, de los momentos en que me alejaba de la fuente, en que no la nutría con la luz que necesitaba.

Entonces, recordé aquellas palabras antiguas en Proverbios 22:6 *"Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él".* Su significado literal es claro: la importancia de formar el carácter desde la niñez, de encaminar al niño por sendas de bien desde sus primeros pasos. Pero en la profundidad de las enseñanzas internas de la Torá, todo versículo encierra más de una dimensión. La tradición habla de cuatro niveles de interpretación —literal, alusivo, homilético y secreto— y sin entrar aquí en esos detalles, lo comprendí de otro modo:

ese niño era mi alma. Comprendí que debía instruirla, educar, nutrirla, saciarla con la Luz que desciende del Eterno, con el

agua viva que fluye de la Fuente divina. Y si lo hacía con amor, constancia y verdad, cuando "envejeciera" —es decir, cuando en algún tramo del camino espiritual me sintiera débil, cansado, cuando perdiera fuerzas o claridad—ella misma me sostendría. El alma instruida, iluminada, bien guiada, no se aparta del camino. Aunque el cuerpo flaquee, aunque el ánimo decaiga, la llama interior sigue encendida y sabe cómo volver.

Sabe de dónde viene. Sabe hacia dónde debe ir.

Fue una revelación tan fuerte como simple: el alma es como un niño. No se desarrolla sola. No crece por inercia. Hay que guiarla, nutrirla, hablarle, escucharla. Hay que educarla con amor y con verdad. En mi sueño comprendí que no era yo quien lo abrazaba a él... era él quien me abrazaba a mí, mi alma eterna, pura, silenciosa— quien me mostraba su rostro para recordarme que el viaje espiritual no es un lujo para los elevados, sino una necesidad vital para todos los que desean vivir con propósito. Ese niño me acompaña todavía. Y cada vez que vuelve en un sueño, sé que no es una visita cualquiera. Es un espejo. Una guía. Un llamado silencioso a no olvidar lo esencial.

La parábola del viajero

Como ha quedado en evidencia, el alma ha sido el actor principal en todo el recorrido que he compartido. No pretendo dar una definición única del alma. Desde el punto de vista de la cabala debería usar cierta terminología que no se correspondería con el estilo que he venido sosteniendo a lo largo de éste escrito.

Pero sí utilizaré una parábola, muy antigua, que solían utilizar los sabios del judaísmo para referirse al alma, su función y propósito en éste mundo. Y es la siguiente: Imagina por un momento una carroza antigua, fuerte y bien construida, que avanza por un camino sinuoso. El cochero aferrado a las riendas que tiran de los caballos, la conduce a través del árido paisaje a través de valles, puentes y montañas.

Ese carruaje —visible, tangible, con ruedas que tocan la tierra— es tu cuerpo. Con su estructura compleja, su inteligencia práctica, sus reclamos, sus deseos, sus instintos físicos. El cuerpo es la vasija que te transporta por la vida.

Delante de él, atados con riendas firmes, avanzan los caballos. Ellos son el motor, la fuerza vital. Representan ese aspecto del alma que se expresa a través de la biología, la energía que te hace despertar cada día, moverte, respirar, actuar. Son potencia pura: sin ellos, no hay movimiento; pero si se desbocan, el viaje se vuelve peligroso. Son necesarios, pero deben ser guiados.

En el asiento frontal de la carroza va el cochero. Él sostiene las riendas, interpreta las señales del camino, responde con rapidez a los baches o desvíos. Él representa las emociones, los pensamientos del corazón, los impulsos interiores que nos inclinan al bien o al mal. Puede tener momentos de sabiduría y lucidez, pero también momentos de confusión. Y cuando las emociones toman el control, el cochero puede extraviarse.

Ahora imagínate que el cochero que guía el carruaje tirado por los caballos, llega a una bifurcación en el camino. Se detiene, no sabe cuál camino tomar. Si el de la derecha o el de la izquierda.

Pero hay alguien más. A quien nadie ha visto. Alguien que nadie ve desde afuera, pero para quien toda esta estructura fue diseñada. El pasajero invisible. Ese pasajero interior es tu alma más elevada. Esa parte de ti que conoce el propósito del viaje. Esa voz íntima que susurra verdades que solo tú puedes escuchar. Son esos pensamientos profundos que no compartís con nadie, esas certezas silenciosas que vienen desde otro plano. Es la dimensión de tu ser que más cerca está del origen, la que recuerda hacia dónde va y por qué está aquí.

El pasajero no tira de las riendas, no mueve los caballos, no dirige el coche. Pero lleva el mapa. Conoce el destino. Y su misión es guiar —si lo dejamos— a todos los demás componentes hacia la dirección correcta.

Cuando la carroza (el cuerpo) está fuerte pero no dominante, cuando los caballos (la energía vital) están vigorosos pero equilibrados, cuando el cochero (las emociones) está atento y dispuesto a escuchar, y cuando el pasajero (el alma superior) es reconocido y honrado como el verdadero guía... entonces el viaje se transforma en un camino de sentido, armonía y propósito. Recordá siempre esto: El alma no está fragmentada. Aunque actúe a través de distintas funciones —vida, pensamiento,

emoción, instinto— es una sola. Una chispa divina. Una unidad con muchas expresiones. Y esa unidad tiene una dirección. Una brújula. Un llamado. Todo el propósito de la búsqueda espiritual es que reconozcas dentro de ti quién es el verdadero viajero, y que le devuelvas el timón del camino. Porque solo él —el alma en su forma más pura— conoce la ruta de regreso a casa.

Quisiera terminar este capítulo con una palabra para el buscador sincero.

Para aquel que no está detrás de experiencias raras, ni de fenómenos para impresionar. Para quien no busca “ser especial”, sino ser verdadero.

Porque en el fondo —más allá de visiones, voces o despertares misteriosos— lo que el alma verdaderamente anhela es la transformación. No se trata de ver luces, sino de convertirse en luz.

No se trata de tener experiencias elevadas, sino de vivir con profundidad y elevar la vida misma. Toda búsqueda genuina nos lleva, tarde o temprano, a este punto esencial: superar el ego. Vaciar la vasija. Expandirla con humildad para recibir una Luz que no es nuestra, pero que desea habitarnos. Y esa luz que recibimos, no es para guardarla. Es para transformar. Primero a uno mismo. Después, al entorno más cercano: la esposa, los hijos, la familia. Y desde allí, al mundo todo. Porque al final, Dios no busca performers espirituales. Busca instrumentos vivos. Busca socios reales para continuar su creación. Almas que estén dispuestas a transformarse, para transformar.

En este tiempo tan particular que nos toca vivir —un tiempo que muchos sabios identificaron como las vísperas de la redención final—, muchos paradigmas están cayendo. Ya no alcanzan los viejos moldes. Se necesitan vasijas nuevas, con capacidad de expansión, con deseo de crecer. Porque la Luz que

está descendiendo necesita espacio. No puede ser contenida en odres rígidos, cerrados, pequeños. Necesita almas abiertas , sinceras y dispuestas al Tikún, a la rectificación profunda. Como dice la tradición cabalística, el vino simboliza los secretos de la Torá, las revelaciones que vienen desde lo Alto. Pero si no preparamos el recipiente adecuado, si no ampliamos nuestra capacidad de recibir con humildad y pureza... el vino se pierde. Se derrama. Se evapora. Y eso sería una pena, porque esta Luz que viene no es para unos pocos. Es para todos los que quieran recibirla. Se recibe con intención, con apertura, con verdad. Y por sobre todo, con un deseo profundo de convertirse en parte viva del cambio que este mundo tanto necesita.

Epílogo

Cuando el alma se transforma, el mundo también cambia

Al cerrar este libro, siento que mi historia no termina; se une a un flujo mayor, un río de sabiduría que, según el *Zohar*, comenzó a desbordarse hace casi dos siglos y hoy inunda el mundo. El *Zohar* (I:117a) profetiza que: *En el año* ***600 del sexto milenio*** *—alrededor del año* ***1840*** *en el calendario gregoriano— se abrirían los "portales de sabiduría de arriba" y las fuentes de la sabiduría de abajo",* en la tierra. Esta visión, escrita hace siglos, impactó con fuerza en mi corazón. A partir de 1840, el mundo experimentó una explosión de avances tecnológicos que transformaron la vida humana, alineándose con la profecía del Zohar sobre las puertas de la sabiduría en el campo de la ciencia y la tecnología en el mundo.

Telégrafo (1844): Samuel Morse perfeccionó el telégrafo eléctrico, permitiendo la comunicación instantánea a largas distancias, un hito que conectó al mundo como nunca antes.

Máquinas a vapor (1840s-1850s): La revolución industrial consolidó el uso de máquinas a vapor en trenes y barcos, facilitando el transporte y el comercio global.

Teléfono (1876): Alexander Graham Bell inventó el teléfono, revolucionando la comunicación personal y empresarial.

Aviación (1903): Los hermanos Wright lograron el primer vuelo controlado, abriendo la era de la aviación y acortando distancias globales.

Otros avances: **La fotografía** (1839-1840s), la **bombilla eléctrica** (1879), el **automóvil (**1880s), y la **radio** (1890s) democratizaron el conocimiento y la conectividad.

Estos inventos, surgidos desde 1840, reflejan la apertura de las "puertas de la sabiduría de abajo," profetizada por el Zohar, facilitando el acceso al conocimiento y la conexión global. Hoy día, como nunca antes, ha sido tan accesible.

La ciencia ha abierto puertas que parecían imposibles: desde el telégrafo en el siglo XIX hasta internet, la inteligencia artificial, y los descubrimientos que desentrañan los misterios del universo, la humanidad ha recibido un torrente de sabiduría técnica.

Pero no es solo la tecnología lo que florece. *Los portales celestiales* también han sido abiertos y han traído una apertura espiritual sin precedentes. Textos místicos como el *Zohar*, las enseñanzas de maestros como Aryeh Kaplan, y prácticas como la meditación están al alcance de cualquiera con un corazón abierto, sin importar su fe o pasado.

Este flujo de sabiduría no es casualidad; es parte de la reparación del mundo que cada alma está invitada a realizar. Hoy, millones de almas buscan lo mismo. Hay una sed y hambre por la espiritualidad, la trascendencia. Sin importar el lugar ni la fe donde uno se encuentre. Las puertas están abiertas: libros sagrados, enseñanzas ancestrales, y comunidades espirituales están a un clic o un susurro de distancia. La ciencia nos muestra la armonía del cosmos; la espiritualidad nos invita a danzar con ella. Juntas, estas sabidurías cumplen la profecía del *Zohar*, elevando la conciencia colectiva hacia la Luz Divina.

Estamos viviendo un tiempo que nos desafía a la búsqueda, a

la aventura de la exploración profunda. Hoy, éste tiempo con sus portales abiertos, arriba y abajo, constituyen una invitación a unirnos al flujo, a escuchar el murmullo del alma, a buscar nuestra propia elevación de conciencia. Porque en el año 600 y más allá, la sabiduría llueve desde los cielos y brota desde la tierra, y cada uno tiene la llave para elevarse hacia lo eterno.

Abrí el capítulo 7 de éste pequeño libro con el título "Buscando mi identidad". Vivimos en una era donde las etiquetas definen todo: religión, nacionalidad, profesión. Está claro que en éste mundo material, físico y temporal todos tenemos una identidad subjetiva: Nombres, apellidos, número de documento, género etc. Pero en lo espiritual las cosas son distintas.

Como compartí en aquel capítulo más arriba, mi alma y su búsqueda parecía no encajar en ninguna caja. Al principio ésta falta de definición me angustiaba, me inquietaba. ¿Era un error no tener un título? ¿Estaba perdido por no pertenecer a un grupo? Pero la Cabalá, esa ciencia del alma que había aprendido a recibir (lekabel), me enseñó a mirar más allá.

En mis lecturas de las páginas del Zohar, de libros de cabalistas de siglos pasados, de sabios del judaísmo, en la literatura sagrada de almas buscadoras de su origen y sentido de vida, en los silencios de mis meditaciones encontré una verdad liberadora: el alma no necesita etiquetas porque su identidad es su chispa divina, su conexión con el Creador.

Si alguien me pregunta hoy "¿Qué eres?", sonrío y digo: *"Soy un alma en camino, un estudiante de la Luz".* Y en ese sendero, no estoy solo; cada lector, cada alma que pregunta, que busca, que inquiere y se esfuerza en encontrar el sentido de su existencia en la vida, camina conmigo, sin necesidad de un nombre. Porque el alma es libre, un destello Divino que no se encierra en dogmas ni credos, siempre buscando su éxodo de Egipto (esclavitud) su

liberación hacia su Fuente, su raíz, su liberación hacia la Luz.

Entonces, querido buscador, como dijera un reconocido sabio de la cabalá: "*Si estás buscando tu camino, ya estás en el camino".* No importa donde estés, en que nivel de la búsqueda te encuentras ahora. Si estás buscando… ya estás en el camino.

Pero no olvides que estás en este plano de existencia física con una misión que cumplir, una obra que realizar. Tu presencia y aporte al mundo no pasará desapercibido, no se puede ocultar, no es insignificante. Tienes un trabajo que hacer: trabajar en tu propia interioridad, hacia adentro, y hacia afuera para transformar el mundo a partir de tus cambios en tu interior.

Y ¿cómo sabrás que estás cumpliendo con tu propósito luminoso en el lugar donde Su Providencia Divina te ha puesto en éste mundo? Es aquí donde quiero dejarte con ésta reflexión: Lo sabrás cuando te vayas dando cuenta que no son los otros los que cambian. No es el mundo el que se vuelve más amable, ni los rostros más cálidos, ni las palabras más suaves. Es tu mirada la que se ha pulido. Es tu corazón el que ha aprendido a escuchar desde otro lugar. Y entonces, sin que lo notes, todo lo que te rodea comienza a responder a la nueva frecuencia que emana desde tu interior.

Como un lago que, al calmar sus aguas, refleja con más claridad el cielo, así también, cuando tu alma se ordena, desde los cielos te responden con armonía. Porque el verdadero cambio —el que transforma de verdad— no comienza afuera. No se impone. No se exige. **Se irradia**.

Y cuando veas que los otros te miran distinto, que sus gestos cambian, que sus respuestas sanan, no te confundas: no son ellos quienes cambiaron. Es tu luz la que los tocó. Es tu alma renovada la que volvió a escribir el guion invisible del mundo.

Que tu luz, silenciosa y verdadera transforme el mundo que te rodea. Amén.

LA SENDA QUE EL ALMA RECUERDA

Más allá del dogma: la valiente búsqueda de tu verdad interior

Este libro es el relato de mi propio viaje espiritual, una búsqueda profunda de sentido que comenzó en mi infancia católica y en ciertas experiencias místicas tempranas que marcaron mi camino. Con los años, esta senda me llevó a descubrir y estudiar a fondo la sabiduría de la Cabalá.

A lo largo de estas páginas comparto mi recorrido por distintas tradiciones religiosas, las preguntas existenciales que me desafiaron, y las revelaciones íntimas que me transformaron —como la aparición de números significativos o sueños recurrentes con mensajes profundos.

La meditación y el silencio interior se convirtieron en herramientas esenciales para conectar con lo divino y sanar mi alma. Hoy entiendo la espiritualidad como un proceso continuo de rectificación (Tikkun), donde cada acto humano resuena en los mundos superiores.

Creo que estamos viviendo una era de apertura espiritual sin precedentes. La sabiduría milenaria está al alcance de quienes desean mirar hacia adentro y encontrar su verdad. Este libro es mi testimonio y mi invitación a recorrer esa senda que, quizás, tu alma también recuerda.

JORGE FRAPICCINI